

Selección

# TERROR

## LOU CARRIGAN

SOLO MAYORES DE 18 AÑOS

# HERMANDAD DE BRUJAS


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

331 – La casa hecha con sangre, *Clark Carrados*.
332 – La hija del bosque, *Ralph Barby*.
333 – El circo del horror, *Adam Surray*.
334 – Con el Demonio no se juega, *Joseph Berna*.
335 – Los colmillos del reptil, *Ralph Barby*.

LOU CARRIGAN

# HERMANDAD DE BRUJAS

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 336
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 22.359 - 1979
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: agosto, 1979



**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979

# CAPITULO PRIMERO

Merle Frost salió del Club 1001 por la puerta del callejón lateral, tan fastidiada como siempre. Era tarde, estaba más que cansada aburrida, y, sobre todo, más que harta del tontísimo trabajo que realizaba en el club. A saber: ayudar a un mago cretino a hacer monerías, tales como hacer desaparecer palomas, convertir agua en leche, y demás genialidades por el estilo.

Fue entonces cuando vio al estrafalario sujeto, que, evidentemente, estaba esperando a alguien en el callejón. Lo había visto antes en el club, presenciando su función con el mago. Y no sólo aquella noche, sino la anterior. Hacía falta ser tonto para ir a presenciar dos noches seguidas lo mismo, desde luego.

Aunque a decir verdad, cuando el sujeto se acercó, no le pareció tonto. Era alto, desgarbado, llevaba lentes, vestía con un descuido total, y ni siquiera era atractivo... Pero tonto, no. Los ojos que Merle vio tras los cristales de los lentes cuando el hombre se detuvo ante ella, no eran de tonto. Cualquier cosa, pero tonto, no.

—¿Señorita Frost?

En realidad, no era una pregunta, sino un modo de iniciar la conversación. Merle comprendió que el sujeto de los lentes sabía perfectamente que era ella, y no otra.

—Sí... ¿Qué desea?

—¿Le gustaría ganar veinticinco mil dólares, señorita Frost?

Mabel se quedó con la boca abierta. Desde luego, sabía que era muy bonita, encantadora, y más de uno había querido gozar de sus verdes ojos, su rubia cabellera, su sugestivo cuerpo... Los hombres, se diga lo que se diga, suelen tener buen gusto, en general. Pero no acostumbran pagar veinticinco mil dólares para darse el banquete.

—¿Dónde tiene la cama? —preguntó a su vez Merle

—¿Cómo?

—No sé si usted está bromeando, pero yo no. Por esa cantidad, voy volando adonde usted quiera.

Una extraña sonrisa pasó veloz por los delgados labios del desconocido.

—¿Sabe una cosa, señorita Frost...? ¡Quizá sí tenga que volar usted!

—¿En avión?

—No. En escoba.

—En escoba —murmuró Merle.

—Es un decir —casi rió el desconocido—. Pero todo tiene una explicación. Aunque antes de proceder a ella me gustaría saber, bromas aparte, si le interesa ganar ese dinero.

—Me interesa. Si yo tuviese veinticinco mil dólares le daría la patada a ese tonto de ahí dentro —señaló hacia la puerta por la que acababa de salir—, y me iría de Nueva York, a un sitio mucho más agradable.

—Entendido. Aunque, de momento, para ganar los veinticinco mil tendría que ir a un sitio más desagradable que éste. Bastante más desagradable. Claro que sólo sería durante un par de días.

—¿Qué sitio es ése?

—Bueno, digamos que se trata de la morada de una bruja llamada Rachel.

—¡Las brujas no existen! —rió Merle.

—Se equivoca. Al menos, existe la bruja Rachel: usted.

El desconocido la tomó de un brazo, y señaló hacia delante.

—Me ha parecido entender que estaría usted dispuesta a ser amable conmigo en diversos aspectos. ¿He entendido bien?

—Ah, vaya... ¡Ahora viene lo de la cama!

—¿Por qué no? Es usted muy bonita, y yo estoy solo en Nueva York. Espero de su amabilidad que contribuya a hacer agradable mi estancia en esta inhóspita ciudad.

—Es usted gracioso —rió de nuevo Merle—. ¡Es simpático!

—Muchas gracias.

—Pero yo desconfío de los hombres simpáticos. Casi siempre son unos caraduras. . Y va estoy harta de que me tomen el pelo.

—La comprendo. Pero mi intención no es tomarle el pelo a usted, sino a otras personas. Algo así como una broma. En cuanto a su desconfianza, ¿se disiparía un poco con esto?

Del bolsillo del gabán, el desconocido había sacado un sobre, que tendió a Merle. Esta lo tomó, lo abrió, y se quedó mirando palmada el fajo de billetes. Lo sacó. Eran todos de cien dólares. Y había por lo menos...

—Cinco mil dólares —dijo el hombre—. Es un anticipo sobre lo acordado. Un anticipo que yo podría olvidar si el trabajo de usted fuese satisfactorio.

—¿Mi trabajo en la cama?

—Me gusta usted mucho —sonrió el hombre—, pero si voy a exigir perfección no será en la cama, sino en la otra parte del trabajo... Aunque no me disgustará ser bien tratado en el lecho, francamente.

—¿De verdad puedo quedarme este anticipo?

—Si acepta mi propuesta, el dinero ya es suyo.

—Muy bien. ¿Qué tengo que hacer exactamente?

—Estoy en un hotel no muy lejos de aquí, de modo que si le parece podemos empezar la... conferencia en la cama. Espero que tengamos suficiente tiempo para todo. Okay?

—Okay —se guardó Merle el dinero.

* * *

Tanto vestida como con las ropitas que se ponía para salir al escenario, Merle Frost estaba preciosa. Desnuda estaba fenomenal. Y además, había demostrado que en cuanto a su primera parte del trabajo no tenía muchas cosas que aprender.

—¿Satisfecho? —preguntó, mirando al hombre tendido a su lado.

Este sonrió, tomó los lentes de la mesita de noche, y se volvió de nuevo hacia ella. Puso una mano sobre un pecho de Merle, y lo acarició lentamente, deslizando la mano luego hacia el vientre, y luego por un muslo...

—Te voy a decir una cosa —murmuró—: puede que después del trabajo no tengamos que separarnos. Lo que quiero decir es que podríamos arreglar las cosas de modo que pasásemos unas buenas vacaciones juntos.

—¿Eso significa que te ha gustado?

—Mucho —el hombre se inclinó, la besó en la boca, y luego en el otro pecho—. No tengo por qué hacerme el descontento. Eres muy satisfactoria, Rachel. Y lo haces de maravilla, muy... cálidamente.

—Muy amable. Pero no me llamo Rachel, recuerda.

—Será mejor que empieces a acostumbrarte a este nombre, pues va a ser el de guerra.

—Está bien. Todavía no sé cuál es el tuyo.

El hombre vaciló, fruncido el ceño. Por fin, asintió, con gesto resuelto.

—Iba a decirte cualquier nombre falso, tal como tenía proyectado, pero sería una tontería, dadas las circunstancias, o sea, considerando mi intención de prolongar luego nuestra relación, si tú aceptas.

—¿Por qué no? La verdad es que una vez tratado resultas simpático y agradable. Se está bien contigo. Y además —emitió una risita maliciosa—, tú también lo haces muy bien.

—Estupendo entonces —sonrió él—. Mi nombre es Charles Mc Coy. Te aseguro que es el verdadero, y tendrás ocasión de comprobarlo. Merle, de verdad, me gustaría seguir contigo después de la broma.

—Yo no tengo inconveniente, ya te lo he dicho. Y ni siquiera te pediré más de los veinticinco mil.

—Ya hablaremos de eso a su debido tiempo. Si todo sale bien tendré tanto dinero que no me importará ser más generoso contigo. Bueno, no creas que vaya a ser fácil... No, no es fácil, pero podemos hacerlo. Nosotros haremos el trabajo, y será cosa de los demás creer o no creer en las brujas...

—¿Qué grujas?

—Cuando menos, en la bruja Rachel... Tendrás que hacer el papel de una bruja. Por eso te he elegido a ti, en principio. Creo que sabrás algunos pequeños trucos sin importancia que podrán dar una cierta verosimilitud a tu actuación. ¿Me equivoco?

—¿Quieres decir hacer tonterías como las de las palomas?

—Cosas así. Supongo que sabes algunos pequeños trucos de magia.

— Algunas cosillas..., pero no podría deslumbrar a nadie, te lo aseguro.

—Bastará con algunas pequeñas tonterías. Bien, entonces, ya tenemos que eres la bruja Rachel. Lo tengo todo preparado, en una vieja casa construida en un lugar que fue considerado estratégico cuando la Guerra de Secesión...

—¿Vamos a ir a una casa que ya estaba construida entonces, cuando la Guerra Civil?

—Sí. Y además, no estaremos solos. Aunque los demás sí creerán que están solos. Nosotros seremos los dueños de la situación, les oiremos hablar, podremos verlos sin que nos vean... Y como ellos hablarán, y tú te enterarás de muchas cosas, será mejor que yo te diga a qué me dedico, pues así no te desconcertarás: trabajo para el Gobierno.

—¿Para el Gobierno de los Estados Unidos?

—Mujer, claro. ¿Cuál otro Gobierno había de ser? Estoy al mando de un Departamento... bastante especial, y tengo a mis órdenes siete personas. Son personas inteligentes, muy bien preparadas para sus trabajos técnicos y científicos... Esto significa que no son gente que crea en cuentos de brujas y cosas, de ésas, de modo que no lo vamos a tener fácil. Pero lo intentaremos.

—¿Tenemos que convencerlos de que las brujas existen?

—Eso, y algo más. En mi Departamento nos dedicamos a investigaciones de toda clase, y a... creaciones de fórmulas e instrumentos digamos de uso poco corriente. Lo que quiero decirte es que yo no he tenido dificultad alguna en preparar el escenario de tu actuación en esa vieja casa que parece abandonada, o, por lo menos olvidada.

—O sea, que hace tiempo que vienes preparando esto, ¿no es así?

—Exacto. Y ahora, todo está a punto. Sólo me faltaba la bruja..., pero ya la tengo.

—¡Espero que no intenten quemarme en una hoguera! —rió Merle.

—Claro que no. Son personas inofensivas... Toda su fuerza está en la mente, en su inteligencia. No son capaces de hacer daño a una mosca, pero, ¡demonios, ninguno de ellos es tonto, te lo aseguro! ¿Quieres conocerlos?

—¿Dónde están? —respingó Merle.

—Mujer, quiero decir en fotografías —masculló Mc Coy—. Te las enseñaré.

Salió de la cama, fue adonde había dejado sus ropas, y sacó un sobre no de un bolsillo, sino de bajo el forro de su chaqueta. Regresó a la cama, y se sentó. Merle se colocó también sentada, sonriendo al ver la mirada que Mc Coy dirigió a sus preciosos pechos vibrátiles, tersos, turgentes.

—Me parece que aún no has quedado satisfecho —dijo maliciosamente.

—Hablemos de estas personas, ahora. Al pie de cada fotografía está el nombre. Toma, ve mirándolas tú misma.

Merle tomó las fotografías, y se dispuso a mirarlas con toda atención. En la primera pasada vio que había cinco hombres y dos mujeres. Luego, las fue examinando más lentamente.

De las dos mujeres, una debía tener algo más de cincuenta años, llevaba lentes de alta miopía, y su peinado era poco menos que prehistórico; su nombre era profesora Georgia Merrill. La otra mujer era más joven, de unos veintiocho o treinta años: cabellos oscuros, ojos también oscuros, boca grande y bonita, aspecto inteligente; su nombre era doctora Amanda Rivers.

Los cinco hombres eran: «profesor Clifford Upton, de unos sesenta años, cuya principal característica era una extraordinaria melena blanquísima, que

le confería un aspecto seráfico; Samuel Truslow, de unos cuarenta años, un hombre alto y fuerte, de ojos grises, mirada un tanto hosca, pero no desagradable; Roy Sherwood, de treinta y cinco años, atractivo, agradable, de aspecto inteligente y simpático; era rubio, ojos claros; Henry Barthe, de unos cuarenta años, pelirrojo, mirada viva, inteligente; y Sinclair Beard, de ojos y cabellos oscuros, un poco calvo ya, pero todavía agradable a sus cuarenta y cinco años...

Merle se dio cuenta de que Mc Coy la contemplaba atentamente, y le miró.

—Parecen todos muy inteligentes —dijo.

—Ya te he dicho que lo son. Merle, estoy confiando mucho en ti metiéndote en esto... Espero que no des lugar a que me arrepienta.

—No te comprendo.

—Quiero decir que una vez nos hayamos puesto de acuerdo tendremos que separamos unos días, y yo espero que seas discreta..., y que cumplas tu parte. Quiero decir que sería muy desagradable que cuando todo comenzase tú hubieras desaparecido con los cinco mil dólares.

—No seas tonto —ella le devolvió las fotografías—. No sólo me estaba aburriendo ya con ese cretino del sombrero de copa, no sólo quiero veinticinco mil en lugar de cinco mil, sino que, de verdad, Charles, me gustas. Y otra cosa: ¿te parezco tonta?

—No —sonrió Mc Coy—. Si me parecieras tonta no te habría ofrecido este asunto.

—Pues ya que admites que no te parezco tonta, ¿por qué se te ocurre que voy a despreciar veinte mil dólares más? Eso aparte de que si todo sale bien, tú mismo has dicho que serás más generoso. Luego, esas... vacaciones juntos. ¡Oh, vamos, todo esto me parece divertido y sustancioso, así que puedes estar seguro de que haré lo que tú me digas!

—El único peligro es que no te crean. Por lo demás, nada has de temer, pues como te he dicho, son incapaces de matar una mosca. Pero son desconfiados, para estas cosas, así que tendremos que prepararlo todo muy bien. En el aspecto técnico, ya lo está. Ahora, tú tienes que escucharme atentamente, y luego, a medida que se te vayan ocurriendo preguntas, me las vas haciendo, hasta que todo esté bien claro y bien comprendido. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. Pero dime una cosa: ¿no te gustaría, antes de ponernos serios, dar otra campanada?

—¿Campanada?

—Sí, hombre —rió Merle—... Darle gusto al cuerpo, ya sabes. ¿O te he dejado agotado?

—Claro que no —exclamó Mc Coy—. ¡Es que me ha sorprendido mucho que hables de campanadas!

—¿Por qué?

—Ya te lo explicaré luego... ¡Ahora, vamos a por esa campanada!

Merle se tendió en la cama, riendo y abriendo los brazos, entre los cuales

se apresuró a colocarse Mc Coy, que rió cuando ella le mordió una oreja, junto a la cual Merle murmuró seguidamente los deseos que sentía en aquellos momentos.

Mc Coy la complació, y ella gimió, comenzando en seguida a exteriorizar sabiamente el placer que sentía... Mc Coy la siguió, pese a que su mente estaba distraída en otros pensamientos. Como por ejemplo, el destino que aguardaba a aquella pobre tonta que realmente creía que iba a recibir veinticinco mil dólares y vacaciones con diversión y sexo incluidos. Seguro que si Merle hubiese sabido el horrible final que le tenía preparado no estaría entregándose a él con tanta satisfacción y gemiditos...

En cuanto a los otros... Bueno, los otros saldrían mejor librados, pero seguro que no olvidarían nunca a la bruja Rachel y a lo sucedido en aquel viejo caserón construido junto al río...

# CAPITULO II

Los primeros en llegar fueron la doctora Amanda Rivers y el apuesto y simpático Roy Sherwood, que conducía el coche de la doctora, al que él mismo se había invitado, ya que el suyo estaba en reparación.

Debían ser poco más de las seis de la tarde cuando Roy detenía el coche frente a la casa. Hacia el Este ya era de noche. Hacia el Oeste, quedaban las últimas claridades del día. Y a estas claridades, los dos invitados se quedaron mirando entre desconcertados y decepcionados el viejo y destartalado edificio que debían considerar como una «casa ideal para pasar un fin de semana».

Era enorme, constaba de dos pisos, y producía una desagradable impresión debido, quizá, a la pequeñez de sus ventanas. No había un solo ventanal grande, ni una sola terraza en el piso alto. Estaba deslucido, parecía frío, y la primera impresión que se tenía al mirarlo era que hacía mucho tiempo que no estaba habitado. Alrededor, todo eran pinos; un apretado bosquecillo que llegaba casi hasta la orilla del cercano Patuxent River en su desembocadura en la Chesapeake Bay.

La doctora Rivers se estremeció. Roy lo notó, y la miró. Los dos parpadearon.

—¿Está seguro de que es aquí, Roy? —preguntó ella, como deseando que él admitiera haberse equivocado.

Roy movió la cabeza.

—Bueno, yo diría que sí. He seguido al pie de la letra todas las indicaciones que nos dio Mc Coy esta mañana mientras almorzábamos juntos: hemos dejado muy atrás la localidad de Aquasco, hemos seguido el curso del Patuxent, llevamos recorridas exactamente treinta y dos millas... ¡Tiene que ser aquí, Amanda!

—Jamás se me habría ocurrido pensar que Mc Coy pudiese tener semejante casa en semejante lugar.

—La verdad es que nuestro querido jefe es un sujeto de lo más raro, ¿no le parece?

—¿Raro?

—Yo diría que incluso estrafalario. Oh, vamos, todos le conocemos muy bien. ¡Es estrafalario! Ya empieza con su aspecto, que resulta, cuando menos, insólito.

—Lo único que ocurre con Mc Coy en ese aspecto es que no es un hombre, coqueto. Le preocupa muy poco su aspecto, así que no es de extrañar que su apariencia resulte poco atractiva.

—Todo lo contrario que usted —murmuró Roy.

La doctora Rivers volvió a parpadear, y enrojeció levemente. Chocante en verdad, a sus casi treinta años, pero esto le ocurría últimamente con bastante frecuencia cuando Roy Sherwood se refería tan directamente a sus encantos.

La doctora desvió la mirada de nuevo hacia la casa.

—Y fíjese en esas ventanas —dijo, con voz un tanto engolada—. Tan pequeñas, tan protegidas por esas contraventanas. Casi parecen las de una pequeña fortaleza.

—Seguramente aquí hace mucho frío en invierno. Y hasta es posible que mucho viento. Así que no debemos extrañarnos de que las ventanas tengan contraventanas exteriores muy sólidas. Esto, además de conveniente y típico, resulta muy agradable.

—¿Agradable? ¿Por qué?

—A mí siempre me ha gustado estar en una casita de la montaña, con mucho frío fuera, incluso nieve si es posible, y dedicarme a leer y escuchar música junto al fuego... ¿A usted no le gusta?

—Oh, sí. Pero la verdad, esta casa no me parece el lugar más adecuado para eso. No entiendo a Mc Coy: un hombre soltero, que vive solo, y se molesta en mantener una casa tan grande sólo para venir a descansar. Sería más apropiado una pequeña casita como la que usted ha descrito, ¿no cree?

—Sí —admitió Sherwood—. Pero así son las cosas. ¡Ya le he dicho que nuestro jefe es un estrafalario..., y parece que no sólo en su aspecto, sino en todo!

—Quizá tenga razón... Nunca antes nos había invitado. ¿Por qué lo habrá hecho esta vez? ¡Y con tanto misterio...!

—Lo dicho: es un tipo raro. Bueno, ¿qué le parece si vamos a la casa? Ya casi es de noche. Espero que nuestro jefe haya pensado en proveerse adecuadamente de leña.

—Yo sigo pensando que nos hemos equivocado —dijo Amanda—. Pero, en fin, vamos a asegurarnos.

Salieron del coche, y se acercaron al amplio y destartalado porche de la casa. Una vez en éste, Roy Sherwood se colocó ante la puerta, de espaldas a ésta y en su centro; giró cuarenta y cinco grados a la derecha, dio dos pasos, y se inclinó. Una de las tablas del piso estaba suelta por un extremo. Sherwood la alzó, metió una mano en el hueco, y la retiró con una gran llave, que mostró a la doctora.

—Ya no hay duda: aquí está la llave, tal como Mc Coy nos dijo por si alguno de nosotros llegaba antes que él. Evidentemente, somos los primeros.

—Espero que los demás también encuentren este lugar... ¡No me gusta esta soledad!

—La soledad de dos no es tanta soledad —sonrió Roy, mirándola intensamente.

Amanda Rivers volvió a enrojecer un poco. Sólo un poquito, pero sonrojó al fin. Enrojecía especialmente cuando Sherwood miraba de aquel modo su boca. Amanda sabía que lo más bonito que tenía era la boca. Lo demás .., bueno, no era precisamente una maravilla. No es que fuese fea, ni mucho menos, pero su aspecto llamaba la atención más intelectual que físicamente. Salvo en el caso de Roy, que parecía... ¡Oh, tonterías!

—Creo... creo que deberíamos entrar ya, Roy. Tengo un poco de frío.

Sherwood asintió. Introdujo la llave en la cerradura, la hizo girar, bajó la gran manilla, y empujó. La puerta cedió, al tiempo que dejaba escapar un rechinante ¡ñíiiiíiiccc!, que hizo respingar a la doctora.

—Caray —masculló Sherwood.

Localizó el interruptor de la luz y lo accionó, pero la luz no se encendió. Acabó de empujar la puerta, entró, y se colocó frente al interruptor, que veía vagamente, como una pequeña mancha blanca. Volvió a accionarlo, pero la luz no llegó...

De alguna parte de la casa llegó un extraño sonido, como suaves palmadas..., como chasquidos. Sherwood respingó, y salió al porche a toda prisa, quedando frente a la doctora, que le miró con los ojos muy abiertos.

—¿Qué... qué pasa?

—Nada —murmuró Sherwood—. La luz no se enciende. Debe estar desconectada, claro está. ¿Tiene una linterna en el coche?

—Me parece que sí.

—Iré a por ella.

Sherwood fue hacia el coche, pensando en el sonido que había oído dentro, en alguna parte de la casa. A él le había sugerido un aleteo. Sí, un aleteo.. ¡Bah, tonterías! Y desde luego, no pensaba mencionar eso a Amanda.

Regresó del coche con la linterna, entró de nuevo en la casa, y lanzó el rayo de luz hacia la pared, justo sobre el interruptor, que probó de nuevo. Nada. Bueno, habría que localizar la caja de los fusibles... Por fortuna, no fue en absoluto difícil. Estaba a la izquierda del interruptor de la entrada. Sherwood la abrió, vio el interruptor general, y lo accionó. La luz del vestíbulo se encendió. Vaya, menos mal.

Se acercó a la puerta, sonriendo.

—Pase, Amanda.

La doctora entró, mirando a todos lados. No había gran cosa que ver: un vestíbulo cuadrado, con un par de cuadros, dos asientos de madera, y un paragüero antiguo. Roy Sherwood cerró la puerta, y cuando ella se volvió, sonrió y dijo:

—Luego iremos a buscar nuestras cosas.

—No sé... La verdad es que no me hace ninguna gracia pasar el fin de semana en este lugar.

—¿Tiene miedo? —casi rió Sherwood.

—No, no... Sólo aprensión. No me gusta el lugar, eso es todo. Parece poco confortable.

—No deberíamos dejarnos llevar por la primera impresión. Vamos a echar un vistazo. Quizá deberíamos empezar por el salón, y ocuparnos de encender la chimenea.

—Está bien.

Frente a ellos, a la derecha, estaba la escalera que conducía al primer piso. Entre la escalera y la pared de la izquierda, el hueco de un pasillo que llevaba hacia el fondo de la casa. En la pared de la izquierda, una puerta doble...

Sherwood la abrió, y a la luz del vestíbulo tuvo suficiente para comprender que, en efecto, allí estaba el salón. Localizó el interruptor, y encendió la luz.

Los dos alzaron la cabeza, y se quedaron mirando, atónitos, la gran araña de metal que pendía del techo, envuelta en un gran trozo de sábana que tamizaba la luz. Sherwood fue e¡ primero en desviar la mirada. Era un salón grande, de techo muy alto. Había cuadros en las paredes, una gran librería en la que había muy pocos libros, dos sofás, varios sillones, una vieja alfombra muy gruesa, una mesa, dos lámparas de pie, una mesita baja, un revistero, algunas sillas.

—¡Dios mío! —Exclamó Amanda—. ¡Qué lugar tan desagradable! Parece que no haya venido nadie aquí en años y años.

—Sin embargo, Mc Coy debe venir con cierta frecuencia, a juzgar por lo que nos dijo. Por cierto, me extraña que él no esté aquí. Se marchó del Departamento después de almorzar, con la intención de comprar víveres y traerlos. Bueno, espero que llegue de un momento a otro. ¿Le parece que encendamos el fuego?

—Sí, sí... ¡Hace frío aquí dentro!

—Pues si no funciona la calefacción central, vamos a pasar un par de noches espantosas —gruñó Sherwood—. Pero no nos pongamos nerviosos: seguramente, cuando llegue Mc Coy lo pondrá todo en funcionamiento, y las cosas nos parecerán más agradables. Traiga un periódico de ese revistero, Amanda.

Utilizando hojas de periódico como fuego inicial, Roy Sherwood consiguió encender el fuego en pocos minutos, tras colocar cuidadosamente algunos leños del montón que había a un lado de la amplia chimenea. Las llamas comenzaron a prender en la húmeda madera, con cierta dificultad... De alguna parte llegó el mismo sonido de antes, aquella especie de aleteo.

—¿Qué ha sido eso? —respingó Amanda, irguiéndose junto a Sherwood, que la imitó rápidamente, y la agarró por los brazos.

—Tranquilícese. No es nada. Debe haber algo suelto en el piso de arriba. ¡Qué manos tan frías tiene, Amanda!

Roy Sherwood atrajo las manos de la doctora hasta su boca, y las besó. Amanda enrojeció ahora intensamente. Cuando Roy la miró, ella tenía los ojos muy abiertos. Roy sonrió, soltó una de sus manos, pasó la suya libre tras la nuca de la doctora, y la atrajo suavemente.

Amanda se quedó muy quieta cuando recibió el beso en la boca. En su nuca notaba el calor de la mano de Roy Sherwood. Notó que éste soltaba su otra mano..., y enseguida notó la de él sobre un pecho.

No se movió.

Sherwood bajó la mano, la introdujo bajo el jersey de Amanda, y volvió a deslizaría hacia arriba. Las puntas de sus dedos llegaron a la parte inferior del sujetador, se introdujeron entre el borde de éste y la carne de Aranda, y lo alzaron. La copa del sujetador saltó hacia arriba, y el pecho derecho de Amanda quedó desnudo en la mano de Roy.

Amanda apartó su boca de la de él.
—No, no —susurró—. No, Roy, no...
Sherwood le soltó la nuca, e introdujo también la otra mano bajo el jersey. Fue facilísimo alzar completamente el sujetador, de modo que los senos de Amanda quedaron libres completamente. Los tomó con sus manos, y los presionó suavemente. Luego, pasó las manos a la espalda de Amanda, y la atrajo con fuerza, pero sin brusquedad.
—Amanda —susurró.
—No... Por favor, por favor, no. Roy, no...
El volvió a besarla en la boca. Sus manos regresaron a los pechos de Amanda, que estaban fríos. La doctora se estremeció cuando los dedos de Sherwood tomaron sus rígidos pezones. Sherwood apartó su boca, y susurró:
—Tienes unos pechos preciosos, Amanda... Déjame verlos.
—Roy, van... van a venir... los demás...
—Los oiremos.
Sherwood subió completamente el jersey, y se quedó mirando los blancos senos altos y turgentes de la doctora. Los recogió uno en cada mano, y se inclinó a besarlos... Amanda dio un paso atrás, sobresaltada.
—¡No!
—¿Por qué te comportas así? —murmuró él—. Hace ya semanas que nos estamos mirando como tontos en el Departamento, Amanda... ¿No es cierto? Y los dos sabemos lo que esas miradas han estado expresando...
Amanda Rivers no supo qué decir. Por la sencilla razón de que Roy Sherwood estaba en lo cierto. Hacía tiempo que ella lo miraba a hurtadillas, pero creía que él no se había dado cuenta. De pronto, un día, él captó su mirada, le sonrió..., y a partir de entonces, en efecto, se habían estado mirando..
—No... no quería, expresar nada...
Roy sonrió, se acercó de nuevo a ella, y la abrazó por la desnuda cintura. Subió las manos hacia la espalda, que estaba fría, tierna, mórbida. Volvió a besarla en la boca. Sherwood notaba la tensión del cuerpo de la muchacha entre sus brazos, pero de pronto, captó la súbita relajación. Dejó de besarla en la boca, le besó de nuevo los pechos, y comenzó a tirar de ella hacia el suelo, hacia la alfombra.
—Roy —gimió ella—. Van a venir los demás, van a... No, por favor, no, no...
Estaba ya tendida en la alfombra, y Roy le subió la falda y le quitó rápidamente las braguitas. Amanda Rivers ya no tenía frío, sentía el rostro ardiendo, y no por el calor que llegaba de la chimenea. Sherwood se introdujo entre sus muslos. Amanda fue a decir algo más, pero él la besó en la boca. Un instante más tarde, Amanda se estremecía, al notar la búsqueda de él... Vibró cuando se produjo la penetración, y emitió un gemido. Sus brazos rodearon el cuello de Roy Sherwood.
—Así —susurró él—. Así, mi vida...

—Roy, es... es una... locura —jadeó ella.

—Deliciosa locura, sentirte mía...

Amanda se abrazó con más fuerza al cuello de él cuando notó con más fuerza la presencia viril. Le ardía el rostro. La cabeza comenzaba a darle vueltas. «¡Oh, sí, Roy, sí! —pensó—. ¡Sí, por fin, sí...! Mi amor, dame...».

¡DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG...!

Cuando todavía estaba vibrando la sexta campanada, Amanda Rivers ya estaba fuera de la casa, corriendo hacia su coche, al aire sus blancos pechos, todavía en su garganta el alarido de sobresalto que la había hecho reaccionar con tal fuerza que Sherwood rodó junto a ella sobre la alfombra. Y en e¡ momento en que salía al exterior, notando todavía los pelos de punta, totalmente descentrada, desorbitados los ojos, tres coches aparecían por el camino que llevaba a la casa.

Amanda dio otro grito, se miró los pechos desnudos, dio media vuelta, y volvió al interior de la casa. En la puerta chocó con Sherwood, que se disponía a salir corriendo. El la abrazó.

—¡Amanda! —Exclamó—, Pero..., ¿qué te pasa?

—¡No lo sé! —Exclamó también ella, desasiéndose rápidamente de él, y comenzando a ponerse bien el sujetador—. ¡Me han asustado esas campanadas, no he podido evitarlo!

—Vamos, no seas niña. Volvamos a...

—Están llegando los demás. Roy, lo siento... ¡Lo siento, estaba tan bien, llevaba tanto tiempo deseándolo! ¡Lo siento!

Terminó de ponerse bien el jersey, y se quedó mirándolo. Sherwood suspiró, resignado, y sonrió.

—Está bien, no te preocupes. Ya tendremos otras ocasiones.

—Oh, sí, querido, sí, y... ¡Oh, mis...!

Corrió hacia el salón.

Cuando apareció allí Roy, seguido de los recién llegados, Amanda Rivers ya se había puesto ¡as braguitas, y estaba inclinada hacia el fuego, sofocada, notando el violento latir de su corazón.

—Buenas tardes, Amanda —oyó la amable voz de Clifford Upton—. ¡Caramba, muy buena idea esta de encender fuego!

Amanda se volvió, convencida de que todos se darían cuenta de su sofoco, pero decidida a afrontar la situación.

—Hola, profesor —saludó—. En realidad, lo ha encendido Roy... Hola, Henry, Sam, Sinclair... ¿Y la profesora Merrill?

—Georgia tardará todavía un poco —dijo Upton, acercándose a la chimenea—. Creo que tenía que hacer un recado en Washington. ¿Hace mucho que han llegado ustedes?

—Apenas cinco minutos —se apresuró a decir Sherwood—. No hemos tenido tiempo más que de encender el fuego.

Henry Barthe, Sinclair Beard y Samuel Truslow también habían acudido junto al fuego, y lo miraban con agrado. Truslow se volvió a mirar a

Sherwood.

—¿Y el jefe? —inquirió.

—No ha llegado todavía. Tuvimos que recoger la llave en el escondrijo que nos indicó.

—Bueno, no creo que tarde —encogió los hombros Barthe—. ¿Has visto si hay algo para beber, Roy?

—No, no. Ya os digo que prácticamente acabamos de llegar. Miraré por ahí. Aunque no creo que encontremos nada. Esta casa parece como abandonada, o poco menos.

—Bueno, es de esperar que el jefe traiga algo —intervino Beard—. ¡Caramba, sería una mala jugada invitarnos a pasar un fin de semana en un lugar como éste y encima no tener whisky!

—El jefe traerá.

Truslow soltó un resoplido, y dijo:

—Soy partidario de entrar nuestras cosas antes de que sea más de noche y haga más frío. Si salimos después de estar junto a este fuego tan estupendo, vamos a pillar cualquier cosa.

—Cierto —asintió el angélico Upton—. Creo que será mejor que ante todo nos ocupemos de nuestras cosas, y las dejemos en los dormitorios.

—Pero no sabemos cómo vamos a distribuirnos —objetó Amanda Rivers.

—No creo que eso sea problema. Por lo que he visto, hay en esta casa dormitorios para todos. De todos modos, si tuviésemos que distribuirnos por parejas, yo la elijo a usted, Amanda.

Hubo risas y bromas. Salieron todos del salón, y fueron hacia los coches, estacionados todos delante de la casa. En menos de diez minutos, se habían distribuido los dormitorios, que, en efecto, estaban en cantidad suficiente para que nadie tuviese que compartir el suyo. A esto estaban dedicados cuando llegó la profesora Georgia Merrill, a la que Truslow se apresuró a ayudar, pese que no valía la pena, ya que tanto Georgia Merrill como los demás llevaban lo justo para el fin de semana sin etiquetas ni lujos. En el fondo todos parecían esperar que si su jefe de Departamento los había citado tan misteriosamente allí era para algo relacionado con el trabajo. Lo cual no les hacía ninguna gracia, desde luego, pero ninguno tenía queja alguna de Mc Coy, antes bien era todo lo contrario, de modo que habían aceptado, dispuestos a pasarlo, de un modo u otro, lo mejor posible.

Truslow había encontrado en un mueble-bar del salón unas cuantas botellas de licores en las que quedaba cierta cantidad: ron, whisky, coñac, una lata de cerveza que fue llevada rápidamente al frigorífico de la cocina... En la cocina no había nada que comer, así que tendrían que esperar a su jefe.

Hacia las siete, ya completamente de noche y silbando afuera un frío vientecillo, Mc Coy todavía no había llegado, y los restos de bebidas habían sido consumidos.

Fue justamente a esa hora cuando Roy Sherwood captó el gesto de Amanda, y se acercó a ella, haciendo un discreto aparte.

—Dime, querida —sonrió Sherwood.

—Roy..., ¿recuerdas las campanadas que... que me sobresaltaron tanto cuando... cuando...?

—Claro que las recuerdo —gruñó simpáticamente Roy—. No será fácil que las olvide; me fastidiaron de lo lindo, así que...

—No hay reloj.

—¿Qué?

—He... he buscado por toda la casa el reloj que dio aquellas campanadas, y no está.

—Vamos, Amanda...

—¡No hay ningún reloj! Roy, me las he arreglado para ir con uno u otro de vosotros por toda la casa, he buscado por todas partes..., ¡y no hay ningún reloj en la casa!

Roy Sherwood parpadeó. Sabía perfectamente que Amanda Rivers era una persona inteligente y equilibrada. Una cosa era que se turbase porque él la miraba, o cuando la había besado, o tocado los pechos, y por supuesto cuando la había comenzado a poseer, y otra cosa era que fuese tonta o trastornada... Miró su reloj de pulsera. Eran las siete y doce minutos exactamente.

Frunció el ceño.

—Cuando sonaron aquellas campanadas era más tarde las seis —murmuró —, lo que significa que el reloj en cuestión va atrasado. Ya verás cómo no tardará mucho en tocar las siete, Amanda.

—¡Te digo que no hay ningún reloj en la casa! ¡Oh, por Dios, Roy, no soy ninguna niña torpe...! ¡He mirado bien en toda la casa, y te digo que no hay ningún reloj...!

¡DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG!

# CAPITULO III

Clifford Upton alzó la cabeza, tan sobresaltado como los demás por la potencia y lo inesperado de las campanadas, y miró a todos lados mientras éstas iban sonando.

—Caramba —dijo cuando hubo sonado la última—. ¡Vaya un reloj escandaloso! Suena más fuerte que... ¿Les ocurre algo, Amanda, Roy?

Se quedó mirándolos. Los demás también los miraron, sorprendidos. Ambos estaban pálidos, y no acertaron a contestar una sola palabra.

—Deben estar medio muertos de hambre —gruñó Barthe—. ¡Desde luego, el jefe se está pasando de rosca, me parece a mí! ¡Ya son las siete, a lo que parece!

—Ese reloj va atrasado —dijo Beard, mirando el suyo—. Son las siete y cuarto, casi.

—Yo tengo las siete y trece —dijo Truslow—. Claro que un par de minutos no tiene imp...

—Lo que me pregunto —dijo de pronto Upton— es dónde está el reloj que ha dado esas campanadas. Aquí, en el salón, no está, desde luego.

—¿Qué más da dónde esté? —encogió los hombros Barthe.

—Hay otra cosa curiosa respecto a ese reloj —murmuró pensativamente Upton—. Yo no lo he oído hasta ahora. Quiero decir que un reloj como ése, que debe ser de pie, enorme, debe dar también los cuartos y las medias horas, ¿no? ¿Alguno ha oído antes alguna campanada?

Nadie contestó a esto.

Georgia Merrill dijo:

—A mí, lo que me está ya preocupando es la tardanza de Mc Coy. ¡Esperemos que no haya tenido un accidente!

—Es lo único que lo disculparía —gruñó Truslow—. Desde que se fue del Departamento después de almorzar, yo creo que ha tenido suficiente para...

¡DANG... DANG... DANG... DANG... DANG...!

El estupor hizo presa en todos.

—¿Cómo, las cinco? —Farfulló Beard—. ¡Pero si acaban de tocar las siete!

—Ese reloj se ha vuelto loco —aseguró Barthe.

—¿Qué reloj? —preguntó despaciosamente Amanda Rivers.

—Bueno, pues el que...

—No hay ningún reloj en la casa, Sinclair.

La estupefacción se centró ahora en Amanda. Georgia Merrill rió amablemente, y sus ojos relucieron, diminutos, tras los cristales de los lentes.

—Bueno, Amanda, querida, yo diría que sí hay un reloj. Todos lo hemos oído perfectamente.

—Yo también lo he oído —asintió Amanda—. Y no sólo ahora, sino antes, a las seis. Pero no lo he visto en toda la casa.

—Eso es imposible —rechazó Beard.

—¿Aceptaría usted una apuesta, Sinclair? —Sonrió un tanto crispadamente Amanda—. ¿Mil dólares? Si usted encuentra ese reloj yo le pago mil dólares. Si no lo encuentra, me los paga usted a mí.

—Eso es una tontería que...

¡DANG...!

Eso fue todo.

Sinclair Beard sonrió irónicamente, mirando a Amanda,

—Parece que ahora es la una —rió, y los demás rieron con él—. ¿Sigue en pie lo de la apuesta, Amanda?

—Sí. Pero todos son testigos de que le he avisado: no hay ningún reloj en la casa.

—Es una manera muy tonta de perder mil dólares, Amanda.

—Usted los perderá. Y ni siquiera voy a jugar con ventaja, Sinclair. Evidentemente, el reloj no está en este salón. ¿Cierto?

—Claro que no está aquí.

—Bueno, pues busquémoslo todos en toda la casa, ayudando a Sinclair.

—¿Por qué no? —Aprobó Truslow—. Es un modo como otro cualquiera de entretenernos mientras llega el jefe. ¡Vamos a por ese reloj!

Hubo risas y bromas, pero se emprendió la búsqueda del reloj.

Veinte minutos más tarde, todos se reunían en el vestíbulo, con gesto perplejo. Habían registrado toda la casa, de abajo a arriba y de arriba a abajo: cocina, dormitorios, cuartos de baño, despensa, bodega, desván, vestíbulo... Incluso, Sherwood y Truslow habían subido al tejado a echar un vistazo.

Ni rastro del reloj. El desconcierto era total.

—Pero... esto no es posible —murmuró Georgia Merrill—, ¡Parece cosa de brujas!

—Tiene que estar en alguna parte —gruñó Sinclair.

—No sea tan terco —refunfuñó Upton—. Todos hemos podido comprobar que no hay ningún reloj en la casa, Sinclair. De modo que pague su apuesta y asunto terminado.

—Pero..., ¿cómo no ha de haber reloj en la casa si...?

El alarido de Georgia Merrill hizo respingar a todos fuertemente. La profesora, mientras los demás discutían, se había dirigido hacia la puerta del salón, y ahora estaba en el umbral, de espaldas al grupo y mirando hacia el interior de aquél, sin dejar de gritar...

El primero en reaccionar fue Henry Barthe, que corrió junto a Georgia Merrill, y la tomó de un brazo.

—Profesora, ¿qué le...? ¡Dios mío!

Tras él, Amanda Rivers, que como los demás también se había apresurado a acercarse a la doctora en pos de Barthe, lanzó un grito agudo, y se llevó las manos al rostro, ocultando los ojos tras mirar hacia el interior del salón.

—¡Cielos! —Jadeó Clifford Upton—. ¿Qué... qué es eso...?

Ya todos lo habían visto.

Eso era el cuerpo de un hombre sentado en un sillón que estaba orientado hacia la puerta, de modo que podían verlo perfectamente. Pero todos habrían preferido no verlo. Sus ropas estaban manchadas de sangre. Sin embargo, lo que más destacaba, lo que todos miraban horrorizados, era su rostro, cubierto de sangre, y en el que parecían sobresalir los ojos, como dos grandes huevos incrustados en las cavidades oculares.

Pero no era esto solamente lo aterrador, sino el acre humo amarillento que brotaba de la cabeza del hombre, por entre su revuelta cabellera.

—Por... el amor de Dios —tartamudeó Truslow—. Eso... eso es...

—Es Mc Coy —dijo con voz aguda Beard.

La profesora Merrill había dejado de gritar, parecía serenarse rápidamente. Pero Amanda Rivers, todavía con el rostro oculto tras las manos, había comenzado a sollozar. Roy Sherwood la abrazó por los hombros, y la atrajo hacia él, en silencio, y durante unos segundos pareció que ésa fuese toda la capacidad de reacción en el grupo. Todos miraban como hipnotizados el horrible aspecto de su jefe de Departamento, y el humo amarillento que brotaba de su cabeza.

—Está muerto —susurró Beard.

—Quizá no —susurró también Barthe—. Vamos a...

La luz se apagó.

Súbitamente, sin más.

Hubo exclamaciones de sobresalto, de nuevo; y, sobre todo, los gritos agudos de las dos mujeres.

En la total oscuridad, todo el grupo se movió, chocando unos contra otros, en su inútil, atolondrado desplazamiento. La voz de Roy Sherwood se hizo oír claramente, aunque un tanto crispada:

—¡No se muevan de aquí! Quizá se ha fundido un fusible. Todo es viejo en este lugar, y quizá las cosas estén en mal estado. Iré a echar un vistazo, yo sé dónde está la caja...

—Roy —gimió Amanda—. ¡Roy!

—Tranquilos —seguía sonando tensa la voz de Sherwood—. Debe tratarse de un cortocircuito, o algo así. No se muevan.

Se oyó el desplazamiento de Roy Sherwood, y a los pocos segundos apareció la luz de la linterna que poco antes él mismo había utilizado. Se oyó un crujido. Algunos volvieron la cabeza, y vieron iluminado el lugar de los fusibles.

Llegó la voz de Sherwood:

—Un momento. Voy a ver.

En alguna parte de la casa se oyó aquella especie de palmadas blandas.

—¿Qué es eso? —exclamó Truslow.

—Parece... parece batir de alas —replicó la voz de Clifford Upton.

El aleteo se repitió. De pronto, con una nitidez escalofriante, todos oyeron el canto de un gallo, potente, vigoroso. Hubo unos segundos de sobrecogido silencio.

Luego, de nuevo la voz de Upton:

—Parece... parece el canto de... de un gallo.

—No hay gallos en esta casa —dijo Beard—. Acabamos de examinarla completamente, y no hemos encontrado ni reloj ni gallos. Sólo estamos nosotros.

—Nosotros... y Mc Coy —susurró Beard.

¡KIKIRIKI!, cantó de nuevo el gallo.

—Salgamos de aquí —sollozó Amanda—. ¡Quiero salir de aquí, quiero marcharme inmediatamente!

—¡Roy! —Alzó la voz Upton—. ¿Qué pasa con la luz?

—No sé —llegó la voz de Sherwood, como envuelta en la luz de la linterna—. Yo diría que todo está bien aquí, profesor.

—¡Tiene que haber algo mal! Voy a ayudarte a...

La luz volvió, y todos respingaron una vez más. Truslow lanzó un suspiro de alivio.

—¡Vaya, menos mal que has encontrado la avería...!

—Yo no he hecho nada —dijo Sherwood, volviéndose y apagando la linterna—. Precisamente, cuando se ha encendido la luz no estaba tocando nada.

—Bueno, sea como sea...

—¡Mc Coy! —exclamó Beard.

—¿Qué,..? —Empezó Barthe—. ¡No está!

Roy Sherwood cruzó corriendo el vestíbulo, y se quedó mirando, como los demás, el sillón donde habían visto hacía escasos segundos el cuerpo ensangrentado de su jefe de Departamento. Efectivamente, el sillón estaba vacío. Amanda Rivers comenzó a sollozar de nuevo. Roy Sherwood casi perdió la paciencia, agarrándola por un brazo y sacudiéndola un tanto rudamente.

—¡Ya está bien, Amanda, deja de asustarte!

—¡Quiero marcharme! ¡Roy, quiero marcharme!

—Pero..., ¿dónde está el jefe? —jadeó Truslow.

—Vamos a calmarnos todos —aconsejó Upton—. Acabamos de ver al jefe sentado en ese sillón, ¿no es cierto? ¡Pues tiene que estar en el salón, cuando menos, ya que por aquí no ha podido salir!

—¡Pero qué salir, hombre...! —exclamó Barthe—, ¿Cómo había de salir un hombre muerto?

—No nos consta que estuviese muerto —dijo Upton—. Quizá sólo estaba herido, y cuando se ha apagado la luz se ha movido y ha caído en cualquier rincón. Vamos a echar un vistazo.

—No —dijo Amanda—. ¡Yo no entro ahí, yo quiero que nos marchemos todos, profesor!

—Vamos, querida, sea razonable —murmuró Upton—. No sé lo que está pasando, pero no van a asustarnos a nosotros, ¿verdad? Somos científicos, no niños, ni gente ignorante o supersticiosa. Entremos a por el jefe.

Pero el jefe no estaba en el salón. Se llevó a cabo una búsqueda que resultaba indiscutiblemente ridícula, habida cuenta de las dimensiones del salón y de las personas dedicadas a examinarlo, así como de la inexistencia de lugares donde pudiese quedar escondido un cuerpo humano, fuese vivo o muerto.

Sencillamente, Mc Coy no estaba allí.

—Pero esto no es posible —murmuró Truslow.

—Tampoco era posible lo del reloj, y no lo hemos encontrado —le replicó Barthe—. Me gustaría saber qué es lo que está pasando. Y desde luego, yo no voy a asustarme. ¡ Ya basta de bromas!

—No parece que sea cosa de broma —llegó la voz de Sinclair Beard, situado frente a la chimenea—. El fuego ha sido apagado.

—¿Cómo que ha sido apagado? —exclamó Sherwood.

Y sólo entonces cayeron todos en la cuenta de que, cuando se habían apagado las luces, al menos debían haber visto dentro del salón el resplandor del fuego que habían dejado ardiendo alegremente en la chimenea.

Se acercaron a ésta, y se quedaron mirando los trozos de tronco. Habría sido una estupidez que alguien hubiese dicho algo en oposición a las palabras de Beard, como, por ejemplo, que el fuego se había apagado solo. Había sido apagado, sin discusión con toda premeditación; una fina capa de arena cubría los restos de los troncos que, de otro modo, hubieran continuado ardiendo lentamente.

Durante unos segundos, presa del desconcierto, todos estuvieron mirando aquello, como si unos troncos apagados con arena fuese un fascinante espectáculo.

Por fin, Upton murmuró.

—Pero..., ¿qué significa todo esto?

—Yo puedo explicárselo a ustedes.

La voz, llegando de atrás, los sobresaltó de nuevo. Aunque, en principio, no había motivos para el sobresalto, ya que era una voz femenina de bello registro, delicada, cultivada... Una voz que encajaba perfectamente con la persona que la había emitido. Una mujer alta, de larga cabellera rubia, ojos verdes, bellísima, que vestía una túnica blanca que le llegaba hasta los pies. No sólo su inesperada aparición, sino su increíble belleza causaron la estupefacción general.

—¿Quién es usted? —exclamó de pronto Georgia Merrill.

—La bruja Rachel.

De nuevo el pasmo, expresado por Amanda con una exclamación. Upton frunció el ceño, y masculló:

—Oiga, señorita, déjese de tonterías y...

La bruja Rachel movió ambas manos hacia ellos, como lanzándoles algo, pero nada sucedió. Samuel Truslow dio un par de pasos hacia ella, sonriendo ceñudamente.

—Escuche, no tengo ni idea de lo que significa todo esto, pero le aseguro

que con nosotros pierde el tiempo si pretende impresionarnos. ¡Usted no sabe con quién está tratando, señorita!

—Lo sé muy bien. Lo sé perfectamente, señor Truslow.

—¿Me conoce? —gruñó éste.

—Los conozco a todos. Precisamente, estuve conversando con ustedes esta mañana, durante el almuerzo.

Una vez más, sorpresa, pasmo general.

—¿Usted estuvo hablando con nosotros? —Masculló Barthe—. ¿Cuándo y dónde?

—Ya les he dicho que fue durante el almuerzo. El lugar, naturalmente, fue la cafetería de su... empresa.

—Mire —intervino Beard, intentando sonreír—, no queremos discutir con usted, pero una cosa es cierta: si usted hubiese estado esta mañana cerca de nosotros, la habríamos visto. No es usted persona que pueda pasar desapercibida. Además, en nuestra empresa no es fácil ir de un lado a otro, y una desconocida como usted, por otro lado tan llamativa...

—Ustedes no entienden —dijo fríamente la bruja Rachel—. No entienden nada. Estuve almorzando con ustedes, y, precisamente, dándoles instrucciones sobre el modo de llegar aquí, tras convencerlos de que debían venir para resolver un asunto de suma importancia. ¿No recuerdan esta conversación?

—Esa conversación la sostuvimos con nuestro jefe, con... ¿Qué está tratando de decir? —respingó Beard.

—¿De verdad no lo comprende, señor Beard?

Hubo un breve silencio.

Luego, Beard musitó:

—¿Está tratando de decirnos que usted es... Mc Coy?

—Estoy tratando de hacerles entender que yo fui esta mañana, para ustedes y cuantos me vieron, el jefe de su Departamento.

—Usted está loca —exclamó Upton.

—Profesor Upton, si vuelve a decir eso no tendré más remedio que enfadarme seriamente con usted. Lo cual me disgustaría mucho, ya que si los cité aquí fue para sostener una conversación que deseo sea amistosa.

—Una conversación, ¿sobre qué? —preguntó Truslow.

—Sobre muchas cosas que su jefe se negó a decirme.

—¿Dónde está él?

—He preferido retirarlo de la circulación... Sé muy bien que a ustedes, los mortales corrientes, no les complace precisamente la compañía de un muerto. Especialmente, si es un muerto que está en mi jurisdicción.

—¿En su qué?

—Digamos que está a mis órdenes.

—¿Un muerto... a sus órdenes?

—Eso he dicho. Pero dejemos eso. Tengo la esperanza de que ustedes serán mucho más sensatos que su jefe, y que no tendré necesidad alguna de lastimarlos, ya que con las pequeñas demostraciones que acabo de hacerles es

de suponer que tendrán suficiente para comprender que deben mostrarse... sumisos y veraces.

—¿Qué demostraciones?

—Vamos, señor Truslow, vamos... ¿Es usted ciego y sordo? Les he mostrado el cadáver de su jefe, he hecho cantar al gallo de noche, he hecho sonar el reloj, he hecho venir a unos cuantos murciélagos que han estado revoloteando por la casa... ¿Qué más quiere?

—¿Qué más quiero? —Gruñó Truslow—. ¡Quiero que se deje de fantasmadas y que nos dé una explicación de todo lo que está pasando en este maldito lugar!

—Este «maldito» lugar, señor Truslow, es mi morada. Son ustedes unos intrusos en ella. Claro que si han venido fue porque yo los invité, en mi encarnación de su jefe, y...

—Escuche, escuche —alzó las manos Clifford Upton—. Mire, no quiero molestarla de nuevo, pero todo esto es disparatado. No se me ocurre qué pretende usted, pero quizá podamos entendernos si enfocamos el asunto desde un punto de vista adecuado. ¿Le parece a usted bien?

—Me parece muy bien. Eso indica que ustedes están dispuestos a ser razonables. ¿Me equivoco?

—Seremos tan razonables como lo sea usted —asintió el profesor.

—Muy bien. En ese caso, les proporcionaré papel y unos bolígrafos, y todos y cada uno de ustedes irán escribiendo todas las fórmulas que conozcan de su muy especial Departamento. Todas. Las quiero absolutamente todas. ¿Está claro?

# CAPITULO IV

Se quedaron mirándola en silencio. Fue Roy Sherwood el que contestó:

—Está clarísimo, pero no cuente con ello.

—En ese caso, señor Sherwood prepárense todos a seguir el camino de su jefe de Departamento. Lo siento por ustedes..., pero me temo que van a pasar incluso peor que el señor Mc Coy..., lo que no va a resultarles en absoluto agradable.

—¿Por qué quiere usted esa clase de información? —Preguntó Upton—. ¿Para qué la quiere?

—Sólo se trata de ponerme a! día.

—Ponerse al día..., ¿en qué?

—Creo que he pasado demasiados años encerrada en esta casa, demasiado aislada de mis compañeras. Estuve en Salem hace poco, y me di cuenta de cuán atrasada me he quedado en materia de poderes especiales, lo que me hizo perder prestigio. Deseo recuperar ese prestigio, y, para partir de una base se me ocurrió que podía... pedir asesoramiento a personas dedicadas a la química y cosas así. Después de un tiempo de buscar, localicé al señor Mc Coy, y me dije que, como jefe que era de un Departamento tan especial, era el hombre más adecuado para ponerlo a mi servicio... ¡Hasta las brujas tenemos que renovarnos, ya ven!

—Nos está tomando el pelo —dijo Beard.

—Lo está intentando, que no es lo mismo —gruñó Sherwood, de mal talante—. Y en lo que a mí respecta, acabo de tomar una decisión: voy a marcharme ahora mismo de esta casa, y avisaré a la Policía para que venga aquí. Vamos, Amanda.

—Sí —exclamó la doctora Rivers—. ¡Sí, Roy, vámonos!

—Me parece que yo voy a hacer lo mismo —dijo Truslow.

—Y yo —asintió Georgia Merrill—. Vamos a por nuestras cosas.

—No sé si estoy de acuerdo, la verdad —dijo Barthe—. Yo creo que lo que deberíamos hacer es agarrar a nuestra bella anfitriona por el pescuezo, y... ¡Eh, quieta ahí!

El grito iba dirigido a la bruja Rachel, que al escuchar a Barthe había dado un paso hacia atrás; atrayendo hacia ella con cada mano una hoja de la doble puerta, que cerró rápidamente. Barthe corrió hacia la puerta, seguido rápidamente por Beard, y asió los pomos de las dos puertas y tiró de ellos. La puerta no se abrió.

—¡Déjame a mí! —exclamó Beard.

Agarró un pomo con cada mano, y tiró con tal fuerza que cayó rodando de espaldas al suelo, pues la puerta se abrió sin contratiempo digno de interés.

—No lo comprendo —masculló Barthe—. Yo no podía...

—Esas cosas pasan —gruñó Beard, poniéndose en pie—. ¡Vamos a por esa mujer!

Salieron al vestíbulo ellos dos y Truslow, seguidos a pocos pasos por Upton, En el vestíbulo no había nadie, y Beard señaló hacia la puerta de la casa.

—Debe haber salido... ¡No va a ser tan tonta de ir hacia el interior de la casa!

Corrió hacia la puerta, agarró la manilla, y la bajó... Es decir, intentó bajarla, pero no lo consiguió. Probó de nuevo, con el mismo resultado. Barthe se unió a él, pero ni siquiera entre los dos consiguieron abrir la puerta. Truslow se acercó, apartándolos.

—Dejadme probar.

Probó, pero con el mismo resultado. Upton, colocado junto a sus jóvenes compañeros, miraba en silencio la puerta, sin tratar de intervenir. Si no lo conseguían ellos, que eran más fuertes, menos habría de conseguirlo él.

—Debe haber cerrado con llave por fuera —jadeó Truslow—. ¡No me gusta nada todo esto!

—La ventana —dijo de pronto Upton—. ¡Salgamos por la ventana del salón, o se nos escapará, y quizá hasta se lleve uno de nuestros coches!

Corrieron hacia el interior del salón, empujando a Roy Sherwood y a Amanda, que los habían estado mirando, tomados de ¡a mano. Beard llegó el primero ante la ventana, abrió las cristaleras.,., y se encontró ante las narices los fortísimos protectores de gruesa madera, cerrados.

—Está cerrada... Busquemos otra.

Cuando se volvió, oyó a Sherwood:

—Cuando nosotros llegamos, todas las contraventanas estaban abiertas.

—¿Qué quieres decir?

—Que alguien las ha cerrado.

—No debiste fijarte bien... ¡Y en todo caso, habrá cerrado esta ventana nada más! ¡Busquemos otra!

¡DANG... DANG... DANG... DANG...!, comenzó a vibrar todo bajo el tremendo sonido de las campanadas. Instintivamente, todos alzaron la cabeza, y comenzaron mirar a todos lados..., pese a saber que no había reloj alguno en la casa.

La luz se apagó.

Comenzó a oírse el gemido lúgubre del viento.

Un escalofrío estremeció los cuerpos del grupo.

—No os mováis —alzó la voz Clifford Upton—. ¡Que nadie salga del salón!

—Tonterías —rechazó Beard—. ¡Vamos a buscar otra ventana, eso es todo!

—Roy tiene una linterna —recordó Truslow.

—Ve a buscarla, Roy —pidió Beard.

—¡No, Roy! —Se oyó la voz de Amanda—, ¡No me dejes sola!

—Vamos, Amanda, no sea infantil —sonó la voz de Upton—. No somos las personas más indicadas para creer en brujas y tonterías de ésas, ¿no le

parece? Sea lo que sea lo que alguien esté tramando, le vamos a dar un escarmiento, como sea. ¡ No sabe bien a quién ha invitado! ¡Traiga esa linterna, Roy!

—Ellos tienen razón, Amanda —se oyó a Sherwood—. No te muevas de aquí. Voy a...

¡AAAUUU...!, sonó el aullido de un lobo.

—¡Roy! —Gritó Amanda—. ¡Roy, Roy!

—¡Cállese ya! —gritó también Truslow'—. ¿No comprende que nada de todo esto puede ser verd...?

¡AUU...!

—¡Roy, la linterna! —exigió Beard.

—¡La traigo en seguida! La dejé en la caja de los fusibles, por si... ¡Voy a por ella!

Cuando cesó la voz de Sherwood, todos se dieron cuenta del súbito silencio. Un silencio inesperado, denso, terrible. Se oyeron los pasos de Roy Sherwood, un tropezón en la puerta, una sorda imprecación...

—¡Roy!

—No pasa nada, Amanda. He tropezado con la puerta, eso es todo.

De nuevo los pasos, ahora en el vestíbulo. Oyeron la voz de Sherwood diciendo algo que ninguno pudo entender. De pronto, sí entendieron perfectamente lo que dijo:

—¡La linterna no está!

—¡Búscala bien! —gritó Barthe.

—¡Os digo que no está: Si estuviese aquí, la...

La luz volvió.

Truslow, Beard V Barthe salieron corriendo, y llegaron junto a Sherwood, que señaló la caja que contenía la instalación central eléctrica de la casa.

—La linterna no está, ya lo veis. La dejé aquí mismo... Y por si vais a preguntármelo, no, no he tocado los fusibles, ni nada de nada.

—Está bien. Busquemos otra ventana. O mejor aún, vamos a ver si podemos abrir la puerta de atrás, la de la cocina. Aunque ya no tenemos ninguna prisa. Si esa mujer ha querido marcharse con uno de los coches, o volando en su escoba, ha tenido tiempo sobrado de hacerlo. Tomémonos las cosas con calma. Con serenidad.

—Por supuesto —gruñó Sherwood.

—¿Qué puede significar todo esto? —Murmuró Barthe—. No creo que se trate del capricho de una bruja, desde luego, así que...

—Ya nos enteraremos. ¡Y esperemos que no sea una broma de Mc Coy!

—Te digo que él es incapaz de esta fantochada. Bien, vamos a la cocina... Será mejor que tú te quedes, Roy. Por cierto, no sabíamos que Amanda y tú...

—¿Crees que es momento de hablar de esto? —gruñó Sherwood.

—Pues no —admitió Barthe—, no es momento, desde luego. Será mejor que vayas con ellas y con el profesor. Nosotros tres echaremos un vistazo a la puerta de la cocina.

Enfilaron el pasillo que había entre la escalera y la pared de la izquierda del vestíbulo y llegaron en pocos segundos a la cocina. Truslow encendió la luz. En la cocina había una ventana, pero en seguida se dieron cuenta de que, como la del salón, estaba cerrada por las contraventanas de gruesa madera.

—Debe haber algo en esta casa con lo que podamos abrir estas ventanas —dijo Beard.

—Miremos primero la puerta.

Truslow fue a la puerta, asió el pomo, y tiró con fuerza. La puerta no se movió. Se volvió a mirar a sus compañeros, que apretaron los labios.

—Prueba otra vez —siseó Barthe.

Truslow probó otra vez, pero fue inútil.

—Quizá haya un hacha por aquí —dijo Beard.

No había ningún hacha. Puestos a no haber, ni siquiera encontraron cuchillos, ni tenedores, ni cucharas, ni nada que pudieran utilizar como objeto contundente, cortante o perforante. Así que decidieron mirar las ventanas del primer piso.

Diez minutos más tarde, se reunían con los demás en el salón, adonde llegaron con gesto sombrío.

—¿Qué? —preguntó Upton.

—Desde luego, saldremos de aquí —dijo con torcida sonrisa Truslow—, pero de momento estamos prisioneros.

—¿Prisioneros?

—Eso he dicho. Todo está cerrado herméticamente, no hay en la casa hachas, ni cuchillos, ni nada parecido. Las maderas de las ventanas son de puro roble, de una pulgada de grosor, así que olvidémonos de ellas a menos que encontremos algo adecuado... Y lo encontraremos. Nosotros no somos personas de profesiones corrientes, ¿verdad? Tenemos recursos para todo. Algo pensaremos.

—De todos modos —intervino Barthe—, la situación no es nada agradable: no hay comida en la casa, no existe sistema de calefacción, la luz va y viene a gusto de quien sea... Y otra cosa: tampoco tenemos agua.

—Y fuimos tan listos que nos bebimos todo el alcohol que había en la casa —gruñó Beard—, con lo que ni siquiera tenemos la posibilidad de fabricar un simple cóctel Molotov... ¿Alguien tiene cerillas, al menos?

Nadie tenía cerillas. Y a nadie se le ocurrió tan siquiera preguntar si disponían de algún arma. No sólo se habría esgrimido ya, contra la cerradura de una puerta, sino que ninguna de aquellas personas eran adictas a las armas convencionales. En un laboratorio podían fabricar cualquier cosa, con todos los medios a su disposición. Allí dentro, salvo que apareciese una buena idea, no eran nada.

¡DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG...!

—Vaya —torció el gesto Sherwood, mirando su reloj—: las ocho y doce minutos.

—¿Solamente "ha pasado una hora? —gimió Amanda.
—Yo tengo las doce —dijo Georgia Merrill.
—Cómprese un reloj nuevo —sugirió Beard.
—Este es nuevo —dijo la profesora Merrill—. Y va estupendamente. Lo miré hace unos minutos, y marcaba la hora adecuada.
Se quedaron mirándola. Luego, instintivamente, todos miraron sus relojes. Iban bien. Salvo esas diferencias habituales de unos pocos minutos, podía decirse que todos tenían las ocho y cuarto. Georgia Merrill puso su reloj en hora, un tanto irritada. Se hizo el silencio.
Un minuto.
Dos.
Tres...
—De acuerdo —dijo Sherwood—, hagamos algo, ¿no?
—Ya lo estamos haciendo —lo miró Upton— Creo que todos estamos pensando, Roy. Se me ha ocurrido que puesto que tenemos encendedores podríamos provocar un fuego en alguna parte de la casa que no representase peligro para nosotros..., pero nunca se sabe lo que puede pasar con el fuego. Espero que alguien tenga una idea mejor.
—Yo estaba pensando en Mc Coy —susurró Truslow—. Parece que lo han matado, y que... Bueno, tonterías.
—¿A qué tonterías se refiere? —preguntó Georgia Merrill.
—A lo de que esa Rachel tomó el lugar de nuestro jefe este mediodía durante el almuerzo. Es una necedad pretender que personas como nosotros creamos en brujas. ¡Ocupar el lugar de otra persona! ¡Qué idiotez!
—Admitiendo por un momento esa posibilidad —deslizó con ironía Sherwood—, ello significaría que no fue nuestro jefe quien llegó esta mañana al Departamento, sino la bruja Rachel. Lo que a su vez, significaría que Mc Coy pudo ser capturado ayer por la tarde, presionado para que facilitase información, y, al no ceder, fue asesinado. Y todo, en este lugar, al que luego fue Rachel a atraernos con la invitación de un fin de semana... diferente.
—¡Y tan diferente! —mascculló Beard.
—Lo del secuestro de Mc Coy puede admitirse —dijo Truslow—, pero todo lo demás son idioteces.
—Supongamos —dijo sosegadamente Georgia Merrill— que determinadas personas quisieran conocer algunos secretos de nuestro Departamento. Eso es posible, ¿verdad?
—Desde luego.
—Bien. Admitido eso. Entonces, yo me pregunto: ¿por qué habrían de recurrir a toda esta farsa?
—¿Adónde quiere ir a parar? —la miró hoscamente Sherwood.
—Supongamos —insistió Georgia— que algunos agentes enemigos quisieran saber qué tenemos en nuestro Departamento. Esto es perfectamente admisible. Entonces, ¿cuál sería su actitud lógica, inteligente, razonable? Evidentemente, llevando las cosas al terreno de la acción... directa, podían

capturar a cualquiera de nosotros, o a nuestro jefe de Departamento, a fin de sometemos a tortura, ya fuese física o mental. Nosotros conocemos bien muchos medios para presionar a una persona, o a mil personas. Contesten a esta pregunta: ¿creen que alguna persona en el mundo sería capaz de resistir... determinados métodos de interrogatorio?

—No —negó categóricamente Clifford Upton—. Todas las personas, cualquier persona, acaba cediendo al dolor, las drogas, o cualquier otro medio.

—¿Acaso Mc Coy es... era un superhombre?

—Nadie es supernada —farfulló Sherwood—, ¡Por todos los demonios, diga de una vez lo que está pensando!

—Muy bien Nosotros, naturalmente, estamos descartando la posibilidad de que esa suplantación de personalidad por parte de la... bruja Rachel sea cierta. Lo que significaría que Mc Coy fue, naturalmente, quien estuvo con nosotros almorzando esta mañana, e invitándonos a venir aquí para hablar de algo sobre lo cual no quiso adelantarnos nada. A todos nos pareció muy misterioso... ¿Cierto?

—Siga.

—Reflexionando ahora sobre ello..., ¿no encontraron nada raro en nuestro jefe?

—Solamente que estaba muy misterioso..., mejor yo diría que muy enigmático.

—¿Desacostumbradamente misterioso y enigmático? —inquirió amablemente la profesora Merrill.

—Sí... Sí, se puede decir así, en efecto. ¿Y qué?

—Bueno, sigamos con ¡as suposiciones. Vamos a suponer ahora que quien estuvo con nosotros fue, efectivamente, nuestro jefe de Departamento...

—Vamos, Georgia... —refunfuñó Upton.

—Un momento, un momento. Supongamos que fue, en efecto, nuestro jefe quien estuvo con nosotros. Supongamos también que estuvo toda la mañana en la empresa. Nos invita, almuerza, y se va. ¿Por qué se va? ¿Adónde?

—A comprar víveres y bebidas para traerlas a esta casa a fin de agasajarnos adecuadamente —gruñó Truslow.

—Perfecto. Pero e! hecho cierto es que no tenemos víveres, ni bebidas, y, puestos a no tener, ni siquiera tenemos a nuestro jefe. Entonces, tenemos que llegar a la conclusión de que cuando salió esta mañana fue... capturado, traído aquí y sometido a determinado tipo de interrogatorio. Pregunto; ¿por Qué nos citó Mc Coy aquí antes de ser capturado, si todos sabemos ya que esta casa no es de él, sino de Rachel? ¿Qué pudo pasar en la cabeza de Mc Coy para que nos citase aquí con tanto misterio? ¿Es Mc Coy un traidor? Absurdo, ya que si lo fuese, no tendría necesidad de preguntarnos nada a nosotros, pues él sabe mejor que nadie todos los recursos de nuestro Departamento. Así pues, en efecto, fue capturado y muerto. Pero yo pregunto; ¿cómo y cuándo?

—¿Qué quiere decir? —se pasmó Amanda, muy interesada.

—Si a nuestro jefe lo capturaron esta mañana, nada tiene sentido, empezando por su invitación a nosotros, cosa que nunca antes había hecho. Si lo capturaron después de almorzar con nosotros, y lo torturaron, yo doy por seguras, por lo menos, dos cosas. Primera; nuestro jefe, como cualquier otra persona, no habría podido soportar la presión de un interrogatorio adecuado, de modo que habría dicho o estaría diciendo a sus captores todo lo que éstos quisieran saber, por lo que éstos no habrían tenido necesidad de matarlo, sino que continuarían interrogándolo. Segunda: de ninguna manera puedo admitir que las personas que nosotros pensamos pueden dedicarse a esto, se molesten en organizar todo este tinglado de brujería; tienen muchos otros medios para sonsacar a cualquiera, así que sería estúpido que se dedicasen a jugar a las brujas. Por lo tanto, insisto, todo esto, visto así, no tiene sentido.

—¿Y cómo tendría sentido, según usted? —se pasmó Beard.

—Tendría más sentido si admitiésemos la suposición de que anoche nuestro jefe fue capturado, sometido a un interrogatorio excesivo, carente de control médico en todos los sentidos, y simplemente, falleciese. Ante la... fragilidad del material a interrogar, sus captores pudieron pensar que sería conveniente disponer de más de una persona, de mucho material. Y aquí estamos nosotros.

La estupefacción era total.

Clifford Upton exclamó:

—¿Está usted sugiriendo que aceptemos lo que nos ha explicado antes esa Rachel, Georgia?

—Sólo es una suposición que...

—¡Pero qué suposición ni qué...! —Bramó Truslow—. ¡Vamos, vamos, profesora Merrill! ¡Está usted admitiendo que esa... bruja tomó la encarnación de Mc Coy y nos atrajo a esta trampa a todos! ¿No se da cuenta de lo que dice?

—Sólo era una suposición —lo miró fríamente Georgia—. Y a poco que reflexionen, verán que esto tiene más sentido que admitir que unos agentes enemigos monten toda esta farsa sólo para interrogarnos. ¿No lo entiende, Sam? ¿Se imagina usted a espías rusos, o incluso a nuestra CIA haciendo una cosa así?

—Sería una tontería —murmuró Amanda.

—Pues eso es todo lo que yo estoy diciendo, querida —la miró afablemente Georgia—. ¿No cree que tiene más sentido lo que dijo la bruja Rachel?

—¡Georgia! —exclamó Upton.

—De acuerdo, Cliff —los miopes ojos se volvieron hacia él—. Podéis pensar de mí lo que queráis, podéis decir lo que os parezca..., menos rechazar la lógica de mis suposiciones.

Clifford Upton parpadeó. Luego, miró a Amanda Rivers, que contemplaba con los ojos muy abiertos a Georgia. Luego, fue mirando a los demás miembros del Departamento, que miraban todos, fijamente, a la profesora

Merrill.

Samuel Truslow movió de pronto la cabeza, con gesto amable, sonriendo simpáticamente.

—Pero nosotros no podemos admitir la existencia de brujas, profesora Merrill.

—Bueno, pues no la admitamos. Yo escucharé con gusto cualquier explicación que tenga más lógica que la mía.

De nuevo se hizo el silencio. Sherwood soltó un bufido, y fue a plantarse ante la biblioteca, refunfuñando. Tomó un libro con gesto maquinal, y no menos maquinalmente, miró el lomo. Quedó inmóvil. Luego, se volvió hacia el grupo.

—¿Quieren saber de qué trata este libro?

—¿De qué? —preguntó Upton.

—De Vudú. Y hay más. Vamos a ver... Este se titula «Las Misas Negras»... Este otro, «Macumba», este otro, «Salem, 1615», este otro «Magia Antillana», y éste, «Europa, Edad Media», y éste...

La luz se apagó y de nuevo la llegada de la total oscuridad fue subrayada por los gritos de Georgia y Amanda...

Pero hubo algo más sonoro que sus gritos, y algo más inquietante.

Llegó todo a la vez.

Sopló una corriente de aire, hubo un feroz revoloteo, un cacareo irritado. Algo cayó al suelo, hubo más aleteos furiosos, y un sorprendente, desconcertante, espeluznante «coc-coc-coc»...

La luz se encendió antes de que alguien tuviera tiempo de reaccionar.

Y todas las miradas convergieron en el centro del salón, donde un gran gallo blanco ladeaba la cabeza, agitaba las alas, y miraba a todos lados con enloquecida furia... Unas pequeñas plumas blancas estaban todavía cayendo, lentamente, como si se hubieran desprendido del techo..., de donde, al parecer, también había caído el gallo blanco.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Amanda.

Sherwood miró hacia la araña de metal, y la vio igual, envuelta en blanca tela. Luego, como los demás, miró el gallo, que no parecía precisamente satisfecho de encontrarse allí.

—Bueno —dijo—, se supone que éste es el gallo que estábamos oyendo.

—Esperemos que nos dejen caer también el reloj en la cabeza —comentó Barthe.

—¿Cómo pueden hablar así? —gritó Amanda, puesta en pie, temblorosa —. ¿Es que ni siquiera se preguntan de dónde ha salido este animal?

—No ofenda, profesora —dijo Truslow, sonriendo—: lo que está usted viendo no es un animal. Todos hemos comprendido que se trata de nuestra bruja Rachel, que se ha encarnado en esta forma. ¿No están de acuerdo?

—No debería gastar bromas con esto, Sam —le reprendió Georgia Merrill —. Ya sé que nosotros...

—... Somos científicos, pero no lo sabemos todo sobre la Vida y la Muerte,

¿verdad? —se oyó nítidamente la voz de la profesora Merrill.

También la respuesta de Samuel Truslow se oyó claramente en el húmedo sótano;

—Y si nosotros no lo sabemos todo, ¿vamos a admitir que lo sabe la bruja Rachel? Yo creo que ella tiene muchas menos oportunidades que nosotros de saber esa clase de cosas, profesora.

* * *

Sentados ante el receptor, la bruja Rachel y Charles Mc Coy escuchaban sonrientes la conversación que se estaba desarrollando en el salón. Rachel miró a Mc Coy, y murmuró:

—No van a ser fáciles de convencer. Yo diría que no se están tomando la situación en serio, Charles.

—Eso ya lo sabíamos, pero todavía no hemos terminado con ellos. De momento, Georgia está cediendo, está admitiendo ciertas posibilidades, está buscando la lógica..., y parece que sólo la encuentra en la brujería.

—Si ella sigue así quizá vaya convenciendo a los otros, pero me temo que será al revés, querido: serán los otros los que la convencerán a ella.

—Es un riesgo, desde luego. Pero la cosa está empezando a funcionar. Si Georgia habla así, espero que pronto influya en Amanda, que es una muchacha impresionable y fácil de convencer.

—Sí —rió Rachel—. De eso nos dimos perfecta cuenta antes, cuando ella y Sherwood llegaron solos y él pasó a la... ofensiva. ¿No te parece que fuimos muy crueles al hacer sonar las campanadas justo en aquel momento?

—¡Que se fastidien! —Rió Mc Coy—. ¡A ver si se han creído que han venido aquí a fornicar!

—Me parece que eres muy malo —rió Rachel—. Nosotros bien que lo hacemos, ¿no?

—Pero nosotros tenemos derecho, porque somos un brujo y una bruja, y estarnos en nuestra morada embrujada —rió Mc Coy; y puso las manos en forma de garras—. ¡Huuu...!

—¡Qué miedo! —rió la bruja Rachel, es decir, Merle Frost.

Se quedaron mirando la instalación, efectuada por Mc Coy con tiempo sobrado. En una mesa vieja adosada a la pared estaba el receptor de los micrófonos que había colocado en toda la casa. Había varios aparatos reproductores de cintas grabadas con campanadas, aullidos de lobo, cantos de gallo, y varias cosas más, así como la instalación adecuada para llevar aquellos sonidos a toda la casa.. Mc Coy se sentía satisfecho de su trabajo, que le había ocupado los últimos fines de semana. Incluso, desde allí, podían apagar y encender la luz a su voluntad, pues había efectuado una derivación. No faltaba ningún detalle, todo lo había previsto.

—Lo que me extraña —dijo de pronto Mc Coy— es que estén soportando la situación sin mostrarse más activos. Si se ponen a buscar la puerta secreta

que comunica el salón con el pasadizo, acabarán por encontrarla. Y si encuentran esa puerta y el pasadizo de arriba, encontrarían éste, y la salida por el túnel hasta el exterior cerca del río...

—¿Hacía mucho frío cuando saliste a cerrar todas las contraventanas mientras yo los entretenía?

—Un poco. Bueno, los tenemos atrapados. No sé si sería conveniente continuar presionándoles o llevar a cabo otra entrevista.

—Si quieres, puedo salir a la bodega por el hueco de detrás del tonel falso, y subir a hablar con ellos —sugirió Rachel—, Te aseguro que no les tengo miedo.

—Eso no me sorprende. Pero creo que ellos tampoco tienen mucho miedo, y eso me está fastidiando. Tenemos que presionarlos más o no conseguiremos nada...

—Me parece, Charles, que ya sé exactamente lo que estás tramando.

—¿Sí? ¿Qué estoy tramando exactamente?

—Yo creo que no es una broma. Realmente, quieres que tus compañeros del Departamento escriban todas las fórmulas y datos técnicos que conocen sobre el Departamento y cuanto en él se inventa y produce.

—¡Vaya un descubrimiento! Ya te dije...

—Pero desde luego, no haces esto como una broma. Lo que tú quieres es vender todos los inventos que ellos describan..., si es que ¡legan a hacerlo.

—Explícate mejor —frunció el ceño Mc Coy.

—Yo no soy tan lista como tú y tus compañeros de Departamento, pero hay cosas que, desde aquí, puedo comprender muy bien. Creo que quieres vender fórmulas y cosas así a gente de fuera de los Estados Unidos, y así es como esperas ganar mucho dinero.

—¿Ah, sí? Y ya que eres tan lista, dime por qué tengo que hacer todo esto para conseguir unas fórmulas que yo conozco tan bien e incluso mejor que ellos. No tendría ninguna necesidad de hacer toda esta comedia, ¿no te parece?

—Pero si tú las vendieras directamente, habría una investigación, y eso te pondría en peligro. En cambio, si tus compañeros del Departamento, presionados por «brujas», escriben esas fórmulas, ya no será necesaria ninguna investigación, pues se sabrá cómo habrían podido trascender a brujas... o a científicos de otros países. Q sea, que todo es un plan inventado por ti para poder vender lo que sabes del Departamento sin que se sospeche de ti. Todo habría sido cosa de brujas.

—Eres muy lista, Merle.

—No, ya sé que no lo soy demasiado, pero comprendo ¡as cosas cuando voy obteniendo información sobre ellas.

—Bueno, eso es ser listo, a fin de cuentas.

—Pues entonces, soy lista —sonrió Rachel—. Lo que no debe sorprenderte, pues si me fuiste a buscar a mí fue por eso, ¿verdad?

—Sí. Pero no me gusta que seas tan lista.

—No seas tonto —rió Rachel—. Yo estoy contigo, no me importa lo que pase con esa gente, ni con esas fórmulas. Quiero mi dinero, y pasarlo bien contigo, eso es todo. Es por eso que temo por tu seguridad.

—¿Mi seguridad? —Se sorprendió Mc Coy—. ¡Tengo una coartada perfecta!

—¿Estás seguro?

—¡Naturalmente! A ver si te crees que no he pensado bien todo esto antes de poner en marcha el plan.

—Me alegro. Pero..., ¿cuál es esa coartada?

—Como comprenderás, no voy a cometer la tontería de decir que una bruja me secuestró la noche del jueves, pues eso sería tanto como ponerme la soga al cuello. Si yo dijera semejante cosa cuando me «rescaten», comprenderían que estaba jugando sucio, ya que es absurdo e imposible que una bruja hubiese podido ocupar mi lugar hoy en el Departamento. No. Diré que esta mañana fui yo mismo quien estuvo en el Departamento, y que tenía mis buenas razones para citar en esta casa abandonada a todos mis compañeros.

—¿Qué razones?

—Hace unos días, tal como yo estaba esperando, fui llamado a uno de los despachos de la dirección de la... «empresa», y se me encargó la puesta en marcha de unos estudios sobre determinados virus sobre los cuales es mejor que no sepas nada, naturalmente. Sólo te diré que son unos virus de efectos horripilantes sobre las personas, y si bien a mí, personalmente, me importa bien poco lo que los Estados Unidos quieran tener en cuestión de armas bacteriológicas, lo que diré cuando me «rescaten» será otra cosa.. Diré que si cité a mis compañeros aquí fue porque quería hablar con ellos en el más estricto secreto a fin de informarles del nuevo trabajo que nos exigían, y solicitar de todos ellos que nos negásemos a trabajar en esos virus... ¿Te parece razonable?

—Pues... sí. Pero si dices eso es casi seguro que perderás tu empleo en el Gobierno.

—¡Vaya un problema! Tendré el dinero suficiente para vivir tranquilamente a mi aire, y, tras unas largas vacaciones, instalar un laboratorio privado, donde espero inventar... cosas muy interesantes.

—¿Y si tus compañeros, después de marcharme yo de aquí, no te encontrasen en este sótano?

—Oh, ya lo creo que me encontrarán, tarde o temprano. No me preocupa eso. Claro que antes de que me encuentren drogado aquí abajo, hemos de conseguir que escriban todas esas fórmulas. En definitiva, la cosa quedará así: unas personas que ya me habían «seleccionado» con anterioridad y que me estaban vigilando hacía tiempo, decidieron actuar por fin, precisamente en fin de semana para disponer de tiempo para interrogarme antes de que fuese notada mi ausencia y se provocase una alarma. Así que alguien me siguió cuando este mediodía, después de almorzar, salí del Departamento y fui a

comprar los víveres que luego encontrarán en mi coche escondido entre los pinos. Me capturaron al llegar aquí, me drogaron, y así supieron que yo había venido aquí para encontrarme con mis compañeros, pero como me mostraba muy reacio a facilitar fórmulas y datos técnicos sobre el Departamento a pesar de la droga, decidieron utilizar también a mis compañeros, sólo que de un modo más sutil, en principio, prefiriendo recurrir a presiones psicológicas en lugar de la droga, a fin de que cada uno escribiese la fórmula por su lado y luego compararlas. Claro está, nuestro servicio de seguridad comprenderá que todo esto no ha sido cosa de brujas, sino de agentes extranjeros que, en caso de fallar ese plan, habrían recurrido a drogas, como habían hecho conmigo, o, finalmente, a métodos violentos. Así que tendrán que resignarse a que mis compañeros haya revelado las fórmulas, cosa que yo también me habré visto forzado a hacer aunque sea parcialmente, y, por supuesto, se dedicarán a cuidar de mi pobre cuerpo drogado, de mis traumas por el susto pasado, sobre todo al ser tratado como un muñeco al que incluso pusieron fuego en la cabeza, me salpicaron la cara con sangre, y todo eso, total para impresionar a mis compañeros... Finalmente, cuando sepan para qué quise reunirlos en este lugar, me despedirán. Okay. Todo previsto. Me encontrarán drogado, traumatizado mentalmente y en parte físicamente... ¡Pobre Mc Coy, qué mal lo ha pasado!, dirán. Y asunto terminado.

—Parece que lo tienes todo muy bien estudiado, en efecto.

—Ya te lo he dicho. Bueno, vamos a seguir escuchando a nuestros invitados, y, si conviene, les damos otro pequeño susto. No conviene dejarlos tranquilos mucho rato... Ahora está hablando Truslow...

# CAPITULO V

—...Y creo que es una tontería que discutamos entre nosotros —mascullό Truslow—. Siempre hemos sido un equipo bien avenido, y me parece que ha llegado el momento de demostrarlo.

—En eso tiene razón, Sam —admitió Georgia Merrill—, pero, ¿qué sugiere usted?

—Lo que sugiero en primer lugar es que nos dejemos de brujas y tonterías, y que...

El pequeño, ahogado estampido, los sobresaltó de nuevo a todos. Por encima de sus cabezas apareció de pronto una bola de fuego con chisporroteos y crujidos, la luz volvió a apagarse con gran aparato de chispazos, y unas pequeñas llamaradas comenzaron a caer desde el techo, consumiéndose rápidamente antes de llegar al suelo, proporcionando una brevísima y fantástica iluminación en el salón, donde la única que se movió fue Amanda Rivers, poniéndose en pie con gesto crispado...

Con la consumición de la última llamita, de nuevo quedaron todos en la oscuridad, y tan en silencio que se oía la agitada respiración de Amanda Rivers.

—Vaya —sonó la voz de Barthe—, ¡más brujerías!

—Nada de brujerías —gruñó Sherwood—. Esta vez sé muy bien lo que ha pasado. No creo equivocarme: la lámpara estaba envuelta en un trozo de tela, que con el calor de la bombilla debe haberse quemado, provocando un cortocircuito auténtico, esta vez. Todo lo que tenemos que hacer es cambiar los fusibles, o si no hay de repuesto, repararlos. Eso no es problema para nosotros.

—El cortocircuito debe persistir en la lámpara —dijo el profesor Upton.

—Pues lo arreglamos.

—No sé cómo vamos a poder hacer nada, en esta oscuridad —murmuró Georgia Merrill.

—Nos las arreglaremos con los encendedores.

—Ni siquiera tenemos una escalera para llegar hasta la lámpara...

—Colocaremos sillones, y...

Un escalofriante alarido sonó súbitamente en el salón, y cuando los presentes no habían tenido tiempo de reaccionar en ningún sentido algo más pasó, algo que les puso de punta los cabellos a todos: pareció que llovía dentro del salón, todos notaron cómo sobre sus cabezas, hombros y manos caían gotas...

Tres encendedores fueron utilizados casi a la vez. Las tres llamitas fueron suficientes para iluminar la escena de impresionados personajes. Amanda estaba de nuevo sentada, escondiendo el rostro entre las manos..., en las que se veían unas líquidas manchas que, ciertamente, no parecían de agua de lluvia.

Upton se acercó a una de las llamitas, ante las cuales colocó sus manos, también manchadas de pequeñas gotas, como sus hombros, y algunas en su cara. Lo mismo les sucedía a todos los demás, y, en el suelo y sobre la alfombra, relucían cientos de gotas iguales... Se veían en todas partes.

Beard friccionó entre dos dedos una de aquellas gotas, y murmuró;

—Parece sangre...

—¡Claro que es sangre! —Exclamó la profesora Merrill—. ¡Es sangre de Mc Coy, que ha sido vertida sobre nuestras cabezas!

—¡Georgia! —Gritó Upton—. ¡Ya está bien! ¡Deje de...!

¡DANG... DANG... DANG... DANG… DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG… DANG... DANG… DANG!

—¡No puedo resistirlo más! —gritó Amanda Rivers—, ¡No puedo, no puedo...!

—¡Amanda, cállate! —exigió Roy Sherwood.

—¡Me parece que Georgia se ha desmayado! —se oyó la voz de Upton.

—Cuide de ella —dijo Sherwood, irritado—. Vamos a ver si podemos arreglar esa maldita luz. ¡Me estoy quemando los dedos!

—Y yo —dijo Beard.

En seis o siete minutos arreglaron el desperfecto, que esta vez sí había sido por causas que ellos podían entender perfectamente. Fue retirada una bombilla de la lámpara, anulada su base, y colocados nuevos fusibles en el cuadro del vestíbulo.

La luz volvió.

Amanda Rivers estaba sentada en un sillón, encogida, con los brazos cruzados, como si tuviese frío; lo que no era de extrañar por otra parte, considerando la baja temperatura del lugar. Clifford Upton estaba de pie junto a otro sillón, al que había ayudado a sentarse a Georgia Merrill tras recuperarse ésta de su breve desvanecimiento.

—¿Estás bien, Georgia? —preguntó el profesor.

—Sí... Sí. Gracias, Cliff.

—No has debido asustarte de ese modo —reconvino amablemente Upton —. Piensa en todo momento que no puede suceder nada que nosotros no seamos capaces de entender.

—Bueno —murmuró Georgia—, entonces explícame de dónde ha salido la sangre que nos ha salpicado a todos.

Y el gallo blanco. Y ese frío súbito que entró en el salón...

Sherwood se acercó a Amanda, refunfuñando algo, y le puso una mano en el hombro.

—Tienes frío, ¿verdad?

—Sí —lo miró como asustada Amanda—. Pero no es frío de fuera, Roy, sino de dentro.

—Vamos, vamos —gruñó Truslow—. Como es lógico, las mujeres son las más impresionadas por todo esto, pero no debemos dejarnos llevar por las fantasías.

Amanda señaló el gallo blanco, que permanecía extrañamente inmóvil en un rincón del salón, observándolos.

—Sam —murmuró—, ¿le parece a usted que ese gallo es una fantasía?

Todos miraron al animal. Parecía que nadie sabía qué decir, pero Truslow encontró una respuesta bien pronto:

—Esperemos que no sea una fantasía.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Barthe.

—Porque si es de carne y hueso, me parece que el pobre animalito tiene sus días contados. A menos que podamos salir de aquí pronto opino que debemos matarlo y comérnoslo.

—¡No puede hacer eso! —exclamó Georgia.

—¿Por qué no?

—¡Porque... porque... porque no!

—Yo creo que es una buena idea —dijo Beard.

—¡No! Los gallos blancos significan buenos augurios. Si lo matamos podrían... ocurrirnos cosas malas...

* * *

En el sótano, Charles Mc Coy emitió una risita divertida.

—Me parece que vamos a tener una buena aliada en Georgia —dijo—. A poco más que la presionemos comenzará a convencer a todos de que deben comenzar a escribir las fórmulas y datos.

—No parecen muy fáciles de convencer, a mi juicio —se mostró en desacuerdo la bruja Rachel.

—Bueno, iremos debilitando su resistencia. Todavía tengo muchas más cosas preparadas para seguir con el juego. Lo único que no podemos hacer es dejarles descansar, permitir que su impresión ceda. Quizá debería volver ya arriba para darles otro susto.

—¿Qué más cosas se te han ocurrido?

—Muchas —rió Mc Coy—. Todos esos libros que han encontrado los puse yo ahí arriba. Estuve hojeándolos, y leí cosas de lo más divertido.

—¿Como eso de arrojarles un gallo desde la puerta oculta, y luego disparar sangre con una jeringuilla, y aire...? ¿Todo eso lo has leído en libros de magia y brujería?

—Bueno, de todo un poco. Algunas cosas me las he inventado yo... ¡Caramba, no me gustaría que matasen ese gallo! No sabes lo difícil que me resultó conseguir un gallo blanco... ¡Casi le había tomado cariño!

—Me parece que te estás tomando todo esto demasiado a la ligera, Charlie.

—¿Qué quieres decir?

—No sé... Es un lugar desagradable.

—¡Vaya un descubrimiento! ¿Por qué te crees que lo elegí, sino precisamente por eso?

—Quiero decir que lo estamos pasando peor nosotros aquí abajo que ellos ahí arriba. Me estoy empezando a poner nerviosa. Este sótano, los pasadizos... ¡Creo que me perdería si tuviera que ir sola por ellos!

—No son tan complicados —gruñó Mc Coy—. Hay un tramo de escalones que, desde una derivación, lleva hasta la pared del salón junto a la chimenea..., y precisamente ésa es la puerta secreta que más temo que descubran si se ponen a buscar. Por el hueco detrá6 del tonel falso, no es probable que lo descubran. Y la derivación que desde la bodega conduce aquí y luego hasta el exterior, menos todavía. Para encontrarla tendrían que saber mover el tonel, o bien llegar desde el exterior, junto al río..., por donde tampoco es precisamente fácil encontrar la entrada entre el grupo de rocas que llevan ahí más de cien años. Seguramente, los de la Confederación debieron utilizar esta casa como base de hostigamientos a la retaguardia dé las tropas de la Unión... ¡Buen escondite!

—Pues a mí me está poniendo nerviosa. Incluso juraría que antes he oído ruidos por ese pasadizo.

—¿Ruidos...? Bueno, quizá sea alguna rata, que ha podido llegar desde la orilla del río...

—¿¡Hay ratas!? —casi gritó Rachel.

—Claro, mujer. Pero no debes preocuparte. No vendrán por aquí mientras tengamos la luz encendida. Y nadie va a poder controlar la luz en toda esta casa más que nosotros. Tranquilízate. Lo único verdaderamente molesto, nuestra única desventaja aquí abajo, es que no podemos encender fuego para calentarnos..., y no pensé en una buena estufa eléctrica.

—Igual que cometiste ese fallo...

—Sólo ése —cortó secamente Mc Coy—. No he cometido ninguno más. Tenemos de todo, y todo el tiempo que sea necesario por delante..., hasta que encuentren la puerta. Lo que, repito, significa que debemos presionarlos sin dejarlos descansar.

—¿Qué piensas hacer ahora?

—Escuchemos antes unos minutos qué están decidiendo mis compañeros del Departamento, y según lo que digan adecuaré el próximo ataque del modo que más convenga psicológicamente.. Espero que no hayan decidido matar el gallo.

Los dos miraron el receptor por el que llegaban los ruidos y conversaciones de la casa.

Lo miraron.

Lo miraron.

Lo miraron...

Luego, se miraron entre ellos.

—¿Qué pasa? —preguntó Rachel, con voz tensa.

—Parece que no tienen nada que decirse en este momento —murmuró Mc Coy.

Volvieron a mirar el aparato, y esperaron.

Esperaron.
Esperaron.
Esperaron...
Volvieron a mirarse.
—Hace más de cinco minutos que ninguno habla —susurró la falsa bruja.
—Ya hablarán.
—Pero es muy extraño, Charlie...
—Ya hablarán.
Esperaron a que hablasen.
Esperaron.
Esperaron...
El silencio era total. No se oía absolutamente nada en parte alguna. Ni siquiera el rumor de las ratas en el largo, húmedo, oscuro pasadizo con ramificaciones. Era un silencio pesado y frío. Rachel comenzó a tener la sensación de que iba quedando envuelta en una gran manta mojada, de tal peso que le impedía moverse.
—Charlie...
—¡Cállate!
Mc Coy movió cuidadosamente el disco del receptor. Sabía que funcionaba a la perfección. Los había preparado él mismo, sin olvidar ningún detalle. Disponía de los conocimientos más que suficientes para ello, y, en cuanto a cantidad y calidad del material, era poco probable que se pudiese encontrar en el mercado nada más sofisticado, perfecto y reducido. Había montado en toda la casa un red de escucha magnífica, que él sabía que era infalible. Estuviesen donde estuviesen sus compañeros del Departamento, podía oírlos. Incluso, merced a las varias clavijas, podía escuchar lo que sucedía en el salón sin escuchar lo de otras dependencias de la casa, o por el contrario, podía escuchar lo que ocurría en todas a la vez, o, en fin, seleccionar la que quisiera...
Comenzó a mover clavijas, pero nada ocurrió. El silencio era increíble.
—Charlie...
—¡Te he dicho que te calles!
—Charlie, tengo, tengo náuseas, me... me encuentro mal. Creo... que voy... a vomitar...
Mc Coy la miró de tal talante, pero súbitamente cambió de actitud, se tornó amable. Se puso en pie, tomó a Rachel por los hombros, y la ayudó a incorporarse.
—Ven, será mejor que te eches un rato en el camastro. No te preocupes, no será nada.
La tendió en el ‘camastro plegable que también se había procurado, en previsión a algunas horas de descanso por turnos, si bien había estado convencido de que eso no sería necesario, que su plan funcionaría bien y rápidamente, sobre todo considerando la facilidad con que había contado impresionar a las mujeres, la profesora Merrill y la doctora Rivers.

Pero ahora no las oía. Ni a ellas ni a ninguno de los hombres.

Se sentó junto a Rachel en el camastro.

—Debe haberse estropeado algo —dijo con tono de intranscendencia—. Lo repararé en seguida.

Volvió solo ante la mesa en la que había dispuesto el receptor y los demás aparatos. Durante un par de minutos, estuvo examinando el receptor, pero no encontró nada que pudiese indicar avería alguna. Fruncido el ceño, puso en marcha el pequeño magnetófono que contenía la cinta con las campanadas grabadas. La cinta comenzó a girar, pero no se oyó nada. Las veces anteriores habían llegado hasta el sótano las retumbantes campanadas, pero ahora no oyó nada.

¿Y el aullido del lobo, sacado de una cinta de estudios de zoología para niños?

Puso en marcha este aparato. La cinta comenzó a girar.

El silencio fue la única respuesta.

—Algo va mal —murmuró Mc Coy; se volvió a mirar a Rachel, que desde el camastro, envuelta en la manta, le contemplaba con los ojos muy abiertos —. No comprendo qué puede ser, pero algo se ha estropeado en alguna parte... ¡Y no lo comprendo! Será mejor que vaya a echar un vistazo...

Rachel respingó, y saltó rápidamente de la cama, lanzando la manta a un lado.

—¡No! —exclamó—. ¡No te vayas, Charlie!

—Es sólo cuestión de...

—¡No quiero quedarme sola aquí!

—Oye, no te pongas histérica, ¿quieres? Somos nosotros los que estamos dirigiendo este asunto, no ellos. Es una avería, simplemente. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, está bien, Charlie... ¡Pero no me dejes sola!

Mc Coy hizo un gesto de fastidio, pero al mismo tiempo asintió.

—Está bien, vamos los dos a .echar un vistazo. Creo que lo mejor será que subamos directamente hacia el salón. Ya verás cómo les oiremos hablar a través de la puerta de piedras... Vamos.

Rachel se tomó de su mano, y salieron del sótano donde habían instalado el centro del control de las «brujerías». Recorrieron un sector de pasadizo oscuro; oscuridad que Mc Coy disipó utilizando su linterna. La que habían requisado a los demás había quedado sobre la mesa, con el resto del material.

Pasaron frente al hueco del pasadizo que conducía a la bodega, a la que se accedía por detrás de un tonel que podía girar hacia un lado. Mc Coy dirigió el haz de luz hacia allí, y vieron el tenebroso pasadizo vacío. La luz hizo brillar la humedad de las paredes, con extraños reflejos parecidos a pequeñas llamaradas. Rachel apretó más la mano de Mc Coy, que desvió la luz de nuevo hacia delante.

La estrecha bóveda quedó visible. Llegaron a la entrada, y la luz les precedió el corto trayecto hasta llegar a los peldaños de piedra. Los dos tenían la impresión de que caminaban sobre una superficie de goma blanda, y les

producía la sensación de que sus pies iban a quedar adheridos al suelo de un momento a otro.

Pero no fue así. Ascendieron el tramo de escalones. A la derecha, se veía una telaraña rota. De un largo hilo pendía la araña, balanceándose. Rachel se quedó mirando al diminuto animal con ojos desorbitados. Mc Coy sintió un escalofrío al recordar el contacto que había sentido precisamente hacía poco, en el rostro, al regresar de salpicar la sangre en el interior del salón. Ahora sabía que lo que había notado en la cara había sido la telaraña... Quizá había tenido a la araña cerca de su boca...

Cuando llegaron arriba, uno tras otro, pues la estrechez de la escalera no permitía más, quedaron muy juntos uno al otro en el pequeño espacio rectangular que formaba el hueco entre una pared de! salón y la de otra dependencia...

—No se te ocurra ahora hacer el menor ruido —susurró Mc Coy.

Rachel ni siquiera contestó. Imitó a Mc Coy colocando una oreja pegada a la pared, cuya frialdad la hizo estremecerse. Estuvieron así más de un minuto. Rachel veía sus píes y los de Mc Coy, pues éste dirigía la luz hacia el suelo.

—No se oye nada —susurró.

Mc Coy no contestó. No era necesario.

Apuntó con la luz el tirador metálico que atraía la estrecha puerta de piedras hacia la escalera. Podía abrir sólo lo justo para echar un vistazo. Sabía que había engrasado bien las bisagras, que no haría el menor ruido. El único riesgo consistía en que en el momento de tirar él de la puerta, alguno de sus compañeros del Departamento mirase hacia allí.

Si esto ocurría, se complicarían muchísimo las cosas; se complicarían tanto que, en definitiva, todo el plan que tan cuidadosamente había estado preparando durante tanto tiempo se vendría abajo, pues aunque no llegasen a verlo a él, sabrían ya lo suficiente para comenzar a actuar con lógica. Forzarían la puerta, llegarían a! sótano, a los pasadizos... Todo se perdería.

Fue por estos pensamientos que Mc Coy estuvo vacilando durante más de otro minuto antes de decidirse a echar un vistazo. Tiró de la pesada pero bien engrasada puerta, y ésta cedió con facilidad y en silencio, en efecto. Una raya de luz entró en el escondrijo, desde el cual Mc Coy miró a derecha e izquierda apurando hasta el máximo su ángulo visual.

No vio a nadie.

Abrió un poco más, y su ángulo visual aumentó considerablemente.

No vio a nadie.

Abrió un poco más. Veía ahora casi todo el salón, excepto unas pequeñas zonas a derecha e izquierda.

No vio a nadie.

Es decir, sí, sí había alguien: el gallo blanco. El animal estaba acurrucado en el sofá, y miraba a Mc Coy con sus redondos ojos que parecían eternamente enfurecidos. Su cabeza se ladeó, la cresta osciló brevemente.

¡Coc!, hizo el gallo.

Mc Coy oyó tras él la tensa, agitada respiración de Rachel, y se volvió a mirarla.

—No están —susurró—. Deben estar arriba.

Se dirigieron hacia la puerta del salón, que estaba abierta. Se quedaron en el umbral, escuchando atentamente. El silencio era total..., y esto no tenía sentido, no era lógico. Eran siete personas que hasta hacía poco no habían dejado de hablar, de discutir...

¡DANG… DANG... DANG... DANG... DANG...!

CAPITULO VI

Rachel lanzó un grito agudo, y se abrazó a Mc Coy, que había respingado fuertemente, mientras sus ojos desorbitados miraban hacia arriba.

¡DANG... DANG... DANG...!

—¡Charlie! —gimió Rachel— ¡Charlie!

¡DANG... DANG... DANG...!

—¡Cállate! —gritó Charlie Mc Coy—. ¡No seas estúpida! ¡No grites más!

¡DANG... DANG... DANG... DANG...!

—¡Quiero marcharme! —aulló Rachel—. ¡Quiero march...!

Mí Coy la apartó rudamente, y le aplicó un tremendo bofetón que la derribó de bruces tras hacerla girar.

¡DANG... DANG... DANG... DANG...!

—¡Te digo que te calles!

¡DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG… DANG... DANG... DANG... DANG .. DANG... DANG!

La última campanada quedó vibrando largamente, se fue disolviendo tan despacio que cuando ya no quedaba nada de ella, todavía Mc Coy y Rachel creían estar oyéndola, como un suave oleaje metálico que se iba perdiendo, perdiendo, perdiendo: NNNggnnnnggggnnnNNNGGgg...

Mc Coy aspiró hondo.

—Bueno —murmuró—. Mala suerte. Lo han descubierto todo. Deben haber encontrado la entrada a los pasadizos desde la bodega, y ahora están allí..., queriendo divertirse a costa nuestra. ¡No te quedes ahí como una idiota! ¡Tenemos que marcharnos de aquí!

Se acercó a Rachel, la asió de un brazo, y tiró de ella rudamente, poniéndola en pie.

—Todo está perdido —dijo—. Deben haberlo visto todo, lo han comprendido todo. Lo único que podemos hacer es escapar.

—Pe-pero no., no podemos salir, las ventanas y la puerta están... están...

—¡Ya lo sé! Y si bajamos de nuevo al sótano nos encontraremos con ellos. Son siete..., y sobre todo cuatro de ellos son tan fuertes como yo, o más... ¡Debí traer un arma!

—Charlie, no podremos salir, no podremos...

¡AUUUUUU...!, sonó el aullido del lobo.

Rachel volvió a gritar, y de nuevo se abrazó a Mc Coy, que otra vez la apartó rudamente, pero ahora sujetándola por una mano.

—¡ Vamos arriba! —gritó—. ¡Subiremos al desván, y desde allí pasaremos al tejado, y escaparemos! Saltaremos como sea, pero nos largaremos de aquí... ¡Tenemos que escapar, o pasaré el resto de mi vida en prisión! ¡Corre!

Salió al vestíbulo tirando de la mano de Rachel, y se lanzaron escaleras arriba.

—Charlie —jadeaba ella entre sollozos—. ¡Charlie, no podremos salir, todo está cerrado...!

—¡Ya lo sé, pero arriba en el desván dejé escondida una herramienta con la que podremos abrir la puerta del techo! ¡Tenemos que escapar por ahí, no hay otra salida! ¡Y menos mal que la previne!

¡KIKIRIKIIIII...!

—¡No hagas caso a nada! ¡Se están vengando de nosotros, eso es todo! ¡Corre!

¡DANG... DANG... DANG... DANG...! ¡AUUUUUU! ¡KIKIRIKI! ¡DANG... DANG... DANG,..!

—¡Charlie! ¡Charlie, Charlie...!

—¡Calla y corre!

Llegaron al piso destinado a dormitorios, y corrieron hacia el fondo del amplio pasillo, de donde arrancaba, volviendo hacia el centro de la casa, la escalera que conducía al desván. Sus pisadas resonaban blandamente, como rodeadas de cantos de gallo, aullidos de lobo y campanadas. Cuando llegaron ante la puerta del desván los dos jadeaban casi ahogándose. Mc Coy puso la mano en el pomo de la puerta, lo hizo girar, y empujó.

Hasta allí apenas llegaba un levísimo resplandor procedente del vestíbulo. Mc Coy buscó el interruptor de la luz, y lo accionó, pero la luz del desván no se encendió. Jadeando maldiciones, Mc Coy encendió la linterna, y dirigió la luz hacia el interior...

La luz se reflejó, ante todo, en dos puntos que parecían pequeños espejos de verde resplandor. Luego, hizo resplandecer los grandes y blancos colmillos, y el sordo gruñido del lobo llegó hasta ellos.

¡GGRRÑÑRRRRRR...!

Esta vez, Rachel ni siquiera tuvo fuerzas para gritar. Se quedó petrificada, como Mc Coy, que había palidecido tanto o más que ella. No podían moverse. Sus cerebros habían quedado en blanco, no podían funcionar, era como si de pronto se hubiesen congelado... Excepto la zona destinada a recibir los impulsos del terror. Aquella zona estaba funcionando a tope, lanzando descargas tremendas a todo el cuerpo, como auténticos ramalazos eléctricos... Las pupilas de Mc Coy estaban dilatadas. Rachel parecía una estatua de yeso. Una bella estatua blanquísima.

¡GGRRRRGGÑÑGGRRR...!, gruñó de nuevo el lobo, avanzando un paso hacia ellos, quedando más de lleno dentro del círculo de luz de la linterna. Era un animal enorme, de negro e hirsuto pelaje, fauces babeantes, ojos de fuego verde...

Mc Coy lanzó una exclamación, y retrocedió vivamente un paso, casi derribando a Rachel. La linterna saltó por el aire cuando Mc Coy dirigió las dos manos al pomo de la puerta, y atrajo ésta velozmente. Se oyó el impacto de! fuerte golpe al cerrarla, y en seguida, al otro lado, otro impacto, arañazos, gruñidos...

Rachel rompió a llorar. Mc Coy la miró como alucinado, todavía lívido, demudado el rostro, dilatadas las pupilas. Le puso una mano en un hombro. Quiso decir algo, pero de su boca no brotó sonido alguno.

¿Miedo al lobo?

Sí, por supuesto, cualquiera se habría asustado ante semejante aparición. Pero no era sólo lo que estaba sintiendo Mc Coy. Su mente comenzaba a funcionar de nuevo, despacio. La razón y ¡a lógica volvían a entrar en funciones. Habían visto un lobo. Nada de los aullidos que él mismo había grabado hacía semanas... ¡Nada de eso! ¡Habían visto un auténtico, enorme lobo negro!

¿De dónde había salido aquel animal?

Dio un paso hacia Rachel, la tomó de un brazo, y señaló escaleras abajo. Cuando los dos comenzaron a" descender, el silencio era total en la casa. Ni siquiera se oía el gruñido del lobo tras la puerta, lo que habría sido lógico. Pero no. No se oía al lobo, ni se oía nada.

Nada en absoluto.

Llegaron al pasillo de la planta destinada a dormitorios. Allí, la iluminación era mejor, pues llegaba casi directamente desde el vestíbulo.

Mc Coy se detuvo. No, no iban a bajar. Quizá los demás los estuviesen esperando ahora en el salón... Pensó en Beard, Barthe, Truslow, y especialmente en el más joven y atlético Roy Sherwood. No podía enfrentarse físicamente ni siquiera a este último solo. Si le atacaban, lo vencerían fácilmente. Y de allí, a la cárcel para toda la vida, habría sólo un paso...

Sí, debían estar esperándole en el salón. Por eso ya no hacían sonar las campanadas, ni lo otro. Habían jugado un poco con él para vengarse, pero ya todo había terminado. En cuanto entrase en el salón caerían sobre él.

Tiró de la mano de Rachel, empujó la primera puerta que encontró frente a sí, y entró en uno de los dormitorios. Cerró la puerta, y se quedó escuchando, con Rachel abrazada a él, temblando, tragando los sollozos con estremecidos hipidos.

—Encontraremos el modo de salir —susurró con voz ronca y temblorosa Mc Coy—. Saldremos de aquí y tú y yo escaparemos lejos, no te preocupes. Tengo algo de dinero, y además, venderé directamente y sin más complicaciones todas las fórmulas... Ellos lo han querido. ¡Deja de llorar, por favor!

Su actitud había cambiado radicalmente con respecto a Rachel. El plan inicial había sido prescindir de ella cuando ya hubiese conseguido sus propósitos. Mientras sus compañeros creerían que la bruja Rachel había escapado, la verdad habría sido que él la habría matado y arrojado bien

lastrada al río, en cuyo fondo fangoso se habría quedado para siempre... Pero las cosas habían cambiado. Mc Coy no sabía por qué habían cambiado, pero así era: habían cambiado en su interior. Sentía como un lejano pánico a la soledad, y a algo que no comprendía. . Necesitaba una compañía, necesitaba a Rachel. ¿De dónde provenía aquel profundo pánico?

Solamente había una respuesta: el lobo. El lobo que había visto con sus propios ojos.

Rachel se iba calmando. Mc Coy la soltó, y buscó el interruptor de la luz. Lo accionó. La luz se encendió. Rachel estaba de espaldas a la puerta y de frente a él, un poco de costado. El estaba casi completamente de frente a Rachel, así que pudo ver la expresión de sus ojos cuando miró por encima de sus hombros hacia el fondo de la habitación.

Una expresión que hizo comprender a Mc Coy que algo nuevo estaba ocurriendo

Se volvió, y un grito quedó ahogado en su garganta a! ver lo que había en la desvencijada cama.

—Clifford... —jadeó.

Clifford Upton estaba sentado en la cama, con la espalda apoyada en la cabecera. Su cabeza estaba erguida, sus ojos parecían mirar a Mc Coy y Rachel. Sus blancos cabellos estaban revueltos, y por entre ellos escapaba una delgada columna ondulante de humo verde

Prescindiendo de Rachel, Mc Coy dio un paso hacia el profesor. Se detuvo, y estuvo unos segundos mirando como alelado el humo verde que brotaba Je su cabeza...

De pronto, Mc Coy sonrió torcidamente, con un gesto casi siniestro.

—Bueno —dijo con tono festivo—, ya está bien. Todos hemos jugado, todos nos hemos divertido, Clifford. ¿Y ahora?

Clifford Upton, con su aspecto seráfico y con el humo verde brotando de su cabeza, no contestó, no se movió. Sus ojos, parecidos a bolitas de cristal, continuaban mirando a Mc Coy. Este gruñó algo, caminó hasta llegar junto a la cama, y tocó en un hombro a Clifford Upton

—Clifford, vamos a dejarnos...

La cabeza de Upton se abatió sobre el pecho, con gesto leve y blando; como si su cuello fuese de goma. Mc Coy miró a Rachel, que contemplaba corno hipnotizada el humo que salía de la cabeza del profesor Upton Luego, miró a éste. Le salía humo de la cabeza, que él podía ver bien, pero no veía truco alguno allí... Simplemente, de la cabeza de Upton brotaba humo verde.

Mc Coy puso dos dedos en una carótida de Upton, en busca del latido revelador de vida. No había latido alguno, no había vida alguna en aquel flaco y menudo cuerpo que encontró frío; frío como... como si fuese de cera congelada. Sí, eso era; de cera congelada.

Charles Mc Coy miró a Rachel, y susurró:

—Está muerto.

Rachel no reaccionó. Seguía mirando el humo..., aquel sorprendente humo

verde. Mc Coy parpadeó, se apartó de la cama lentamente, y lentamente regresó junto a Rachel. La apartó, abrió la puerta, y 'salió al pasillo.

El silencio era espantoso. Sí, espantoso.

Mc Coy tiró de Rachel, y entraron en la habitación de enfrente a la que acababan de abandonar. Nada más encender la luz, McCoy miró hacia la cama..., pero lanzó un chillido que le sorprendió a él mismo cuando vio aquel cuerpo colgando ante él, muy cerca , y cabeza , abajo. Tras él, Rachel emitió un sollozo, escondió el rostro entre las manos, y se dejó resbalar hasta el suelo, donde quedó arrodillado, sollozando mansamente, como derrotada, vencida definitivamente.

Por su parte, Mc Coy alzó la mirada, y vio los pies de la profesora Merril metidos en los grilletes de hierro unidos por una cadena cuyo extremo había sido anudado a la lámpara.

Georgia Merrill colgaba cabeza abajo, completamente desnuda, en una postura grotesca y estremecedora. Los pechos colgaban como queriendo ocultar el rostro, las carnes parecían como de barro que lentamente se fuese deslizando hacia abajo; lenta, lentísimamente. Pendía a una altura que determinaba que su sexo quedase poco más arriba que el rostro de Mc Coy... Y, ahora que se fijaba en eso, Mc Coy vio aquella pequeña cosa entre el vello de color castaño. Como un autómata, se acercó otro paso, y miró.

Por entre el vello sexual de Georgia Merrill, Mc Coy vio perfectamente el pequeño escarabajo instalado allí, y que a su vez lo miraba fijamente. Mc Coy cerró los ojos, y estuvo así tres o cuatro segundos. Le parecía que su corazón era una bomba que iba explotando una y otra vez, llevando torrentes de sangre a su cabeza, que era sacudida, estremecida, zarandeada, presionada, golpeada...

No. No podía ser que hubiese visto bien.

Abrió de pronto los ojos, y se quedó mirando los DOS escarabajos instalados en el sexo de la profesora Merrill como dos inquilinos a la puerta de una casa.

Mc Coy dio media vuelta, y se dirigió hacia la puerta. Pasó junto a Rachel sin mirarla siquiera, sin oír sus sollozos. Salió de aquella habitación, y entró en otra. Encendió la luz. Amanda y Roy estaban en la cama, desnudos, abrazados, ambos de costado, mirándose. Mirándose, pero sin verse, porque no había luz en sus ojos, ni, por tanto, visión para las materias de este mundo.

Se acercó más. Ya no sentía nada. Era como si todo él, y por supuesto el cerebro, precisamente el cerebro, fuese de corcho. Sí, debía ser de corcho, porque no sentía nada, no reaccionaba. Se quedó mirando a Amanda y Ray... Evidentemente, habían estado realizando el acto sexual.... V en ese momento una lanza los había atravesado a los dos. La punta de la lanza sobresalía por la espalda de Amanda, a la altura de los riñones. En el extremo del astil, sujeto por un hilo blanco, pendía un pequeño murciélago que parecía disecado.

Mc Coy tocó una cadera de Amanda, y desde allí, desde las puntas de sus dedos, una corriente helada llegó veloz a inundar todo su cuerpo. Retrocedió

un paso y salió de la habitación.

La próxima en la que entró, estaba vacía. Fue a otra.

En ésta, encontró a Sinclair Beard, tendido en el centro de! dormitorio, en el suelo. Es decir, supo que era Beard porque lo conocía bien, conocía su cuerpo, la forma de su cabeza, incluso el traje que llevaba puesto. Pero no hubiese podido reconocerlo por la cara, porque junto a ésta, media docena de ratas se la estaba comiendo, Los seis bichos dejaron de masticar, y miraron a Mc Coy, que parpadeó, dio la vuelta, y salió de la habitación.

En la siguiente encontró a Henry Barthe y Samuel Truslow.

Barthe estaba tendido sobre la cama, boca arriba, abierto de brazos y piernas. Tenía los ojos muy abiertos, y su mirada parecía congelada, fija en el techo. Mc Coy miró su pecho, que se veía abierto. Sí, estaba abierto como... como el de una res que están descuartizando. Era como si hubiesen cortado longitudinalmente su pecho, y hubiesen roto las costillas hacia los lados, dejando visibles las vísceras. Mc Coy estaba viendo perfectamente el corazón de Henry .Barthe. Parecía flotar en un charco de sangre que se iba helando...

Desvió la mirada hacia Truslow, que estaba sentado en una butaquita, como mirando a Barthe, como si hubiesen estado conversando. No había nada sorprendente en Truslow, todo parecía normal en él pero, de pronto, su cabeza se desprendió de! cuello, rodó sobre su pecho, y cayó al suelo, donde rodó con blando sonido hasta detenerse, quedando de tal modo que los ojos miraban ahora a Mc Coy. Este parpadeó, y desvió la mirada hacia el cuerpo, que seguía en la misma postura... Por el hueco de la tráquea, de pronto, un pequeño reptil asomó su chata cabeza. Apareció una sección de cuerpo, la cabeza se irguió, los cristalinos ojos miraron a Mc Coy.

—Ssssssssssssss... —siseó la serpiente.

Mc Coy movió una mano para llevársela a la frente, y la serpiente desapareció en el acto dentro del cuerpo de Truslow, emitiendo un siseo de alarma. Mc Coy tragó saliva. Fue como tragar una enorme bola dé hielo amargo.

Retrocedió un par de pasos, dio la vuelta, y se dirigió hacia la puerta, tambaleándose.

El silencio era aterrador.

Mc Coy entró en el dormitorio donde había visto a

Georgia Merrill. Rachel seguía allí, arrodillada, con la mirada perdida. Las lágrimas se habían secado en su rostro. Ya no lloraba. Mc Coy le tendió una mano. Quiso hablar, pero no pudo... Se estremeció fuertemente. ¿Y si también él tuviese una serpiente dentro del cuerpo? Una serpiente de verdad, no una tenia saginata, una solitaria o algo así... ¿Podía tener él una serpiente dentro de! cuerpo? ¿Y si Rachel tenía escarabajos en el sexo?

Estaba mirándola como alucinado. De pronto, se inclinó, la tendió en el suelo, le subió la falda y deslizó hacia abajo la braguitas... No. Menos mal, Rachel no tenía nada extraño allí. Miró el rostro de la muchacha, y vio sus ojos muy abiertos, contemplándole con estupor, atónita.

—¿Quieres ahora? —preguntó con voz amortiguada Rachel.

Charles Mc Coy se estremeció. Sin contestar, ayudó a la muchacha a ponerse en pie. Ella estaba tan apática que tuvo que ser él quien volviese a ponerle bien las braguitas.

—¿No quieres? —preguntó Rachel.

Mc Coy abrió la boca para intentar contestar...

¡DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG... DANG… DANG... DANG... DANG... DANG... DANG!

La mirada de Mc Coy se perdió en un gesto de estupefacción total.

Había visto muertos a todos sus subalternos del Departamento. Todos. Los siete habían muerto, él los había visto.

Entonces..., ¿quién estaba haciendo sonar las campanas?

La luz se apagó.

# CAPÍTULO VII

Ninguno de los dos se movió.

Ni siquiera cuando, procedente de alguna parte, comenzaron a oír los aleteos. ¡Flap, flap, flap, flap, flap, flap, flap!, batían las aterciopeladas alas. Si parecían tener sonido de grueso terciopelo... ¡Flap, flap, flap, flap...!

Rachel lanzó un alarido, y Mc Coy se disponía a preguntar qué le ocurría ahora cuando notó en su rostro el leve contacto del terciopelo caliente y del aire desplazado por una alas... ¡Flap, flap, flap, flap...!

En la oscuridad, sus manos encontraron el cuerpo de Rachel, que volvía a sollozar histéricamente. Mc Coy la tomó de un brazo y la sacó del dormitorio. Todo era oscuridad. Pero ya no silencio. Ahora continuaba oyendo el batir de las alas de terciopelo, y, más lejos, los gruñidos de un lobo. Se orientó hacia la escalinata, y descendió siempre llevando de un brazo a Rachel. Se aferraba a ella con desesperación, ansiando notar el contacto de un ser humano vivo y normal...

Normal.

¿Por qué había pensado eso? ¿Acaso no eran normales todos los seres vivos? Todos eran normales dentro de su especie y su género. ¿Por qué había pensado eso? Fuese por lo que fuese, su mano apretaba con fuerza el brazo de Rachel, que gemía a su lado, pero no oponía resistencia alguna. Era como llevar de un lado a otro una muñeca de tamaño natural.

¡Coc, co, co, coc...!, oyó al llegar al vestíbulo. Desvió la marcha hacia allí, tocó la puerta del salón, y entró en éste. Todo lo que se le ocurrió hacer, tras localizar el sofá fue sentarse, acomodando a Rachel a su lado.

¡DANG... DANG... DANG... DANG... DANG...! ¡AUUUUUU! ¡Flap, flap, flap, flap, flap, flap...! ¡DANG.. DANG... DANG... DING-DONG-DING...!

Curioso. Las campanadas sonaba ahora de modo diferente. En verdad curioso. Chocante, sí.

La pregunta seguía latiendo en la mente de Mc Coy: si todos sus compañeros estaban muertos..., ¿quién estaba abajo, en el sótano?

Apareció una luz. Pero no era una luz eléctrica, una o varias bombillas recién encendidas. Ni pendía del techo, o de un aplique de pared. Era una luz roja... En la chimenea. Sí, se había encendido el fuego en la chimenea. Ahora oía el crepitar de la madera al ser devorada lentamente por las pequeñas llamas. Miró a Rachel, que permanecía inmóvil junto a él, mirando atónita el fuego... Un murciélago pasó volando entre el resplandor de las llamas y ellos dos; sus alas hacían ¡flap, flap, flap, flap, flap, flap...!

Mc Coy encontró de pronto la solución.

Abajo, simplemente, no había nadie. Toda su instalación se había estropeado, eso era todo, y ahora estaba funcionando de cualquier manera. Era una extraña avería, ciertamente, pero, ¿qué otra cosa podía ser?

Muy bien, ya tenía la solución. Ahora, todo lo que le quedaba por hacer, era marcharse de aquella casa. Sólo tenía que salir del salón por la puerta del pasadizo, bajar al sótano, recorrer los pasadizos hacia la salida del río...

La luz se encendió.

Mc Coy alzó la cabeza hacia la araña de metal, y captó con el rabillo del ojo que Rachel había hecho lo mismo. Se miraron. Charles Mc Coy intentó sonreír, y señaló hacia la pared donde estaba, ahora cerrada, la puerta secreta. No tuvo tiempo de oír nada... A oídos de ambos llegó claramente el rumor de unas pisadas. Unas pisadas recias, seguras. Sonaban al final de la escalera, luego en el vestíbulo...

Samuel Truslow apareció en el salón, con expresión sonriente, que se amplió al ver a Mc Coy.

—¡Ah, Mc Coy! —exclamó—. ¡Por fin ha llegado! Y observo que muy bien acompañado... Estábamos empezando a temer que hubiese tenido un accidente. ¿Todo ha ido bien?

Mc Coy asintió varias veces con la cabeza antes de poder balbucear:

—Sí... Todo ha ido bien, Sam... ¿Cómo están las cosas por aquí?

Su voz le sorprendió grandemente. Sonaba normal. Dentro de su cabeza algo estaba agitándose, le parecía tener una tormenta extraordinaria..., pero su voz había sonado normal, estaba segurísimo de ello.

—Oh, todo va bien, naturalmente —asintió Truslow—. Los demás bajarán en seguida: están arreglando sus camas para pasar la noche. ¡Demonios, jefe, vaya un lugar ha escogido usted para pasar los fines de semana! ¿Viene con frecuencia aquí?

Truslow se dejó caer en un sillón, y se quedó mirando de Mc Coy a Rachel, y de ésta a aquél.

—Sí —asintió Mc Coy—, Últimamente vengo con alguna frecuencia.

—Perdone mi descortesía —dijo Truslow, poniéndose rápidamente en pie y acercándose a Rachel—. Truslow. Samuel Truslow. No nos conocemos de antes, ¿verdad?

—Creo... creo que no —intentó sonreír Rachel.

—Bien... Vaya... Bueno...

—Oh —exclamó Mc Coy—, ella es Merle... Merle Frost, una... una amiga...

—¿Qué tal, señorita Frost? —guiñó un ojo Truslow'—. Sea bienvenida a este caserón. ¿También usted había venido aquí antes alguna vez, con Mc Coy?

—No... Nunca.

—Bueno, supongo que no se pasará demasiado mal, después de todo. Encendimos el fuego apenas llegar, y se está bien aquí ahora. Pero en los dormitorios no hay calefacción. De todos modos, eso no va a ser problema... ¡Cuando sea la hora de acostarnos, salimos de aquí disparados a la cama!

—Sí... Es una buena idea, señor Truslow.

—Todo es agradable, cuando se está en buena compañía —aseguró

Truslow—. Pronto conocerá a los demás. Bueno, quizá Mc Coy ya le haya hablado de todos nosotros.

—Sí... Sí, en efecto.

—Claro. Caramba, se me está ocurriendo que quizá esta reunión aquí sea de índole... romántica —Truslow miró con expresión no poco divertida a Mc Coy—. ¡Jefe, no me diga que nos ha reunido aquí a todos para comunicarnos que piensa casarse con esta bellísima señorita!

Mc Coy no supo qué contestar. Estaba estupefacto. Al mismo tiempo, oía voces acercándose. Miró hacia la puerta del salón, donde aparecieron todos: Upton, Sherwood, Barthe, Beard, la profesora Merrill y la doctora Rivers, ésta Lomada de una mano de Sherwood. Todos entraban conversando alegremente, y al ver a Mc Coy lanzaron exclamaciones amistosas, y se acercaron presurosamente, mirando con cortés naturalidad a Merle Frost, que estaba boquiabierta mirando a la profesora Merrill y al profesor Upton.

—¡Calma, muchachos, caima...! —Pidió Truslow—. Ella es la señorita Frost. Merle Frost. Y me parece que todo este tinglado que ha organizado el jefe ha sido para i presentárnosla a todos a la vez. ¡Me parece que tenemos boda en perspectiva!

—Estupendo —exclamó el joven Sherwood, acercándose con la mano tendida—. ¡Felicidades, señor! ¿Qué tal, Merle?

—Bien —casi tartamudeó la falsa bruja—. Muy bien.

—¡Eso ya se ve! —rió Sherwood; y los demás también rieron—. Bueno, le presento a la profesora Merrill, a la doctora Rivers, a...

Merle Frost iba estrechando las manos que se le tendían, recibiendo cordiales apretones y amistosas sonrisas. Su cabeza estaba dando vueltas. ¿Y si todo hubiese sido un sueño? ¿Y si ahora, de pronto, abriese los ojos y se encontrase en el Club 1001 de Nueva York, ayudando el mago cretino a hacer tonterías? ¡Hop, señores, la paloma ya no está...!

—... Gran secreto, desde luego —estaba diciendo la profesora Merrill—. Ni siquiera Cliff o yo, que llevamos varios años con Mc Coy, sabíamos nada. ¡Y eso no se hace, Charles!

Charles Mc Coy consiguió arrancar a sus facciones una mueca parecida a una sonrisa.

—A lo mejor —intervino Truslow— temía que le quitásemos la novia alguno de nosotros. A fin de cuentas, todos hemos de admitir que nuestro jefe no es precisamente un Robert Redford, y en cambio, yo mismo..., ¿eh?

Todos rieron de nuevo. A Mc Coy le parecía que la cabeza se le estaba hinchando. Sí, exactamente eso le estaba sucediendo; su cabeza se iba hinchando, hinchando, hinchando... Como si desde todo el cuerpo la sangre se fuese desplazando exclusivamente a la cabeza, acumulándose toda allí Los oídos comenzaban a latirle fuertemente, las palabras le llegaban como desde lejos..., o mejor aún, como a través de un mullido colchón. Alrededor de él veía caras sonrientes, oía voces amables, bromas, risas...

—Se me ocurre una cosa —decía en aquel momento la distante voz de

Roy Sherwood—. ¿Y si el jefe se hubiese casado ya? ¿Eh?

—¿Cómo, casado? —exclamó Upton.

—Sí, sí. Quizá ya se ha casado uno de estos días, y de este modo, nos presenta los hechos consumados. ¿Es eso, jefe? ¡Seguro que fes eso, y ahora nos va a hacer el gran convite i

—¿Es así, querida? —preguntó Georgia a Merle Frost.

—No... No, no... No estamos casados, no,

—¡Pues he metido la pata! —Rió Sherwood—. De todos modos, la idea no es mala, ¡y muy pronto alguien del Departamento dará la gran sorpresa en ese sentido!

—¡Vaya una sorpresa! —Se burló Barthe—. ¡Hombre, Roy, a ver si te crees que no nos hemos dado cuenta de las miradas incendiarias que hace semanas os estáis lanzando Amanda y tú!

—¡Oh! —exclamó Amanda Rivers.

Charles Mc Coy movía la cabeza a uno y otro lado, mirando siempre al que hablaba. Cada vez había más colchones densísimos entre las voces y sus oídos. Y cada vez le parecía que en su cabeza había más y más sangre. Se estaba hinchando tanto que si no hacía algo iba a estallar, y los iba a salpicar a todos con su sangre y su masa encefálica...

—¡BASTAAAA...! —gritó de pronto Mc Coy, poniéndose en pie de un salto.

Se hizo un silencio súbito. Las asombradas miradas de todos los miembros del Departamento estaban fijas en su jefe. Había pasmo, sorpresa, desconcierto.

—¿Qué te pasa, Charles? —murmuró Upton.

—Hijos de la gran puta, ¿qué os proponéis? —Aulló Mc Coy—. ¡ Sé que estáis todos muertos, acabo de veros a todos muertos, y ahora venís aquí a...! ¿A qué? ¿Qué queréis? ¿Qué?

El pasmo era general y total. Las miradas se desplazaron hacia Merle Frost, y regresaron, indecisas, hacia Mc Coy. Clifford Upton se acercó un paso, titubeante.

—¿Te encuentras bien, Charles? ¿Te ha ocurrido algo?

—¡A vosotros os ha ocurrido algo, cabrones! ¡Estáis todos muertos, acabo de veros! Asquerosos cadáveres vengativos... ¿Acaso he visto visiones? ¡Estáis todos muertos y bien muertos! Y no he sido el único en veros muertos... ¡Merle, diles cómo viste a Cliff y a Georgia!

Merle Frost miró con expresión asustada a los mencionados por Mc Coy, y que a su vez la miraban a ella aturdidos.

—Sí —tartamudeó la muchacha—... Yo... yo los... los vi a ustedes dos., muertos. Estaban... estaban... ¡Usted echaba humo de la cabeza, y ella estaba desnuda, colgada por los pies!

—Pero..., ¡señorita Frost! —Exclamó Upton—. ¿Qué está usted diciendo?

—Los vi... ¡Los vi muertos! ¡Charles! —aulló de pronto—. ¡Charles, vámonos de aquí, sácame de aquí, te lo suplico...!

Se aferró a Mc Coy, pero éste se desasió violentamente, saltó hacia la mesita donde había algunas botellas vacías, agarró una, y la rompió contra el borde de la mesita. Con los puntiagudos restos apuntó amenazadoramente a Truslow, que se había acercado con gesto apaciguador.

—¡Atrás! ¡No os acerquéis u os degollaré con esta botella! ¡No os acerquéis!

—Mc Coy, sea razonable —dijo Truslow—. No podemos comprender lo que le ocurre, pero es evidente que no se encuentra usted bien. Ha tenido que ocurrirle algo, algo relacionado con el viaje hasta este lugar...

—Sería mejor que Amanda le echase un vistazo, señor —dijo amablemente Roy Sherwood—. Creo que ella podría...

—¡Nadie va a tocarme! ¡Nadie va a echarme ningún vistazo! —Mc Coy estaba fuera de sí—. ¡Atrás todos! ¡Al que se acerque, lo mató! Merle, ve a abrir la puerta de la pared. Nos iremos de aquí, y escaparemos por la salida del río... ¡Y ya volveremos a vernos vosotros y yo, hijos de la gran puta!

Sherwood frunció el ceño y comenzó a acercarse a Mc Coy, pero Clifford Upton se interpuso en su camino, sujetándole por los brazos.

—Quieto, muchacho —murmuró—. Sea lo que sea lo que esté pasado, Mc Coy está hablando en serio. Es mejor que nadie se acerque a él.

—¡Exacto! —Gritó Mc Coy—. ¡Que nadie se acerque! ¡Merle, te he dicho que abras esa puerta!

Merle corrió hacia la pared junto a la chimenea, y comenzó a empujar, observada con curiosidad e incredulidad por los miembros del Departamento. La muchacha comenzó a jadear, y a volver sus desorbitados ojos hacia Mc Coy.

—Charles, no... no puedo... ¡No encuentro la puerta!

Mc Coy lanzó, una maldición, se acercó, y tras apartar a Merle, comenzó a empujar él.

Era inútil. La pared era pared, gruesa y sólida pared, y eso era todo. Desesperado, Mc Coy tiró a un lado el trozo de botella, y empleó ambas manos en empujar la pared. Nada.

—Está aquí —jadeó—. ¡Sé que la pared está aquí, en este punto exactamente! ¡Sé que está aquí!

Comenzó a golpear la pared con los puños y los pies, fuera de sí, echando espuma por la boca. Incluso Merle se apartó aún más, y se quedó mirándolo aterrada, encogida en el ángulo que formaban la pared y el saliente de la gran chimenea... Mc Coy perdió completamente el dominio sobre sí mismo, y arreció en sus golpes y maldiciones; incluso parecía que quería derribar la pared a dentelladas...

Henry Barthe saltó de pronto hacia él, alzó la mano derecha, y la dejó caer de canto en la nuca de Mc Coy, en un perfecto golpe de karate. Mc Coy emitió un gemido, se volvió girando de modo extraño, como si sus piernas fuesen tornillos, y se fue arrugando, cayendo lentamente, hasta rodar a los pies de Barthe, que le contemplaba con gesto entre todavía sorprendido y



apesadumbrado.

# CAPITULO VIII

Charles Mc Coy abrió los ojos, y vio el rostro de la joven doctora Rivers. Parpadeó con fuerza. El rostro de bonitos labios seguía allí, había en los ojos una mirada cariñosa y preocupada.

—Señor Mc Coy, ¿cómo se siente?

Mc Coy volvió a parpadear. Detrás de Amanda Rivers vio a Roy Sherwood, y junto a éste a Upton y a la profesora Merrill, todos mirándole con gran preocupación.

—¿Qué... qué ha pasado? —se oyó a sí mismo preguntar.

—Henry tuvo que golpearle... Se iba usted a lastimar contra la pared. ¿Lo recuerda?

Mc Coy asintió. Estuvo unos segundos con la mirada perdida por encima de la cabeza de Amanda Rivers. Veía el techo... Estaba tendido en el sofá, veía el techo, ahora. Las campanadas, el lobo, el gallo, los escarabajos, la serpiente los murciélagos... ¡Aquellas alas de terciopelo rozando su rostro!

—¿Habéis cazado los murciélagos? —susurró.

—¿Los qué? —exclamó Sherwood.

—Los murciélagos... ¡Merle! ¿Dónde está Merle?

—Déjeme ayudarle —masculló Sherwood, tomándole de un brazo—. La señorita Frost está bien, véala.

Al quedar sentado en el sofá, Mc Coy vio a Merle, sentada en uno de los sillones. Parecía muy tranquila, y le miraba con afecto, casi se podría decir que con cariño.

—¿Estás bien, Charles? —preguntó.

—No sé... Creo que sí.

—En mi opinión, todo esto es debido al exceso de trabajo —dijo Georgia Merrill—. Siempre trabajas demasiado en el Departamento, Charles. Ya sabes que hace tiempo que te vengo diciendo que es demasiado esfuerzo, ¿recuerdas?

—Sí —asintió Mc Coy, como alelado—. Sí, así es. Siempre me lo dices, Georgia.

—Bueno, ha llegado el momento de que descanses —dijo Clifford Upton —. Merle nos ha confesado ya que, en efecto, pensáis casaros, de modo que eso será una buena terapéutica: ¡un largo viaje de luna de miel te dejará como nuevo, Charles!

—Sí... Sí, claro.

Henry Barthe se colocó delante de Mc Coy.

—Siento haberle golpeado, señor, pero me pareció que era lo mejor que podíamos hacer en esas circunstancias. De verdad lo siento.

—No importa —murmuró Mc Coy—. No importa, Henry.

—Gracias, señor —sonrió aliviado Barthe—. Bien, creo que ya no debemos demorar más el momento de cenar...

—¿Con qué? —preguntó Mc Coy vivamente.

—Bueno, con todas las provisiones que hemos encontrado en su coche, señor.

—¿Habéis encontrado mi coche?

—Sí. Estaba metido entre los pinos, pero como Merle sabía dónde estaba, no fue difícil encontrarlo. Así que nos hemos permitido traer a la casa todos los víveres que llevaba usted en el maletero.

—¿Habéis podido salir de la casa?

—Claro —se desconcertó Barthe—. Naturalmente, señor.

—¿Por dónde?

—Pues... por la puerta.

—¿Se puede abrir la puerta?

—Claro está, señor.

Mc Coy miró a Merle, que le contemplaba de aquel modo afable y tranquilo. Se puso en pie, apartó a las personas que tenía frente a él, y caminó hacia la puerta, mirando de reojo el alegre fuego que ardía en la chimenea. Salió al vestíbulo, lo cruzó, y se detuvo ante la puerta. El mismo la había sellado por fuera, estaba seguro. Lo había preparado todo muy bien, había podido hacerlo todo con gran rapidez, no sólo en la puerta, sino en las ventanas inferiores, y en las superiores, utilizando la larga pértiga que hacía semanas tenía preparada.

—No se abrirá —dijo.

Asió la manilla de !a puerta, la bajó, y tiró hacia él.

La puerta se abrió con toda facilidad y normalidad. Una ráfaga de aire frío llegó desde el exterior. El brillo de las estrellas se reflejaba en los coches estacionados delante de la casa. También su coche estaba allí. Hacía frío afuera.

Se volvió. Upton y Georgia, los más antiguos empleados del Departamento, estaban apenas a dos pasos de él, mirándole con preocupación. Más allá, cerca de la puerta del salón estaban los demás. Merle debía continuar sentada en un sillón; no la veía.

—Caramba —exclamó Upton—, ¡vaya frío hace, Charles!

—Sí —sonrió Mc Coy—. Es verdad, hace mucho frío ahí fuera. Será mejor que cierre la puerta y volvamos todos al salón.

Cerró la puerta, y se encaminó hacia el salón. Tenía como un extraño vacío en la cabeza. Era como si le faltase... una parte de su cerebro, eso era. En alguna parte debía estar flotando, perdida en una oscuridad llena de murciélagos, lobos, escarabajos y sonidos de campanadas, una parte de su cerebro. Eso debía ser. Habían ocurrido cosas, cosas extrañas, estremecedoras, pero, al parecer, tales cosas sólo habían ocurrido en aquella parte del oscuro espacio exterior, muy lejos de él... Muy lejos. Sentía un hueco en la cabeza. Algo había pasado...

Algo había pasado. Recordaba perfectamente todo lo que había planeado, su viaje privado a Nueva York, su acuerdo con Merle, la llegada de ambos a

la casa, los preparativos, todo lo que habían hecho para asustar a los miembros del Departamento... Pero ¿esto era realidad, o era una fantasía? ¿Era algo que se había creado en aquella parte de su cerebro que se había ido? No, no podía ser, porque si lo recordaba, si lo pensaba, tenía que tener aquella parte de su cerebro. O quizá aquella parte se había ido, pero recordaba estas cosas con otra parte...

—¿Qué tal si cenásemos ya? —Propuso Truslow—. ¡Se nos ha hecho muy tarde!

—Sí —asintió Mc Coy—. Compré de todo para esta ocasión. Espero que sea de vuestro agrado.

Esto también era verdad. Había comprado de todo... Era ¡a coartada, claro. Había comprado muchas y apetitosas cosas. La coartada. Debían encontrar víveres en su coche, él tenía que tener una coartada perfecta, total.

Se sentó en el sofá, y Georgia Merril! fue a sentarse a su lado, y le tornó una mano. A través de sus gruesos lentes, lo miró con profundo afecto.

—¿Charles, ¿estás bien?”

—Sí, perfectamente.

—Nos has hecho pasar unos minutos angustiosos. De verdad, trabajas demasiado. Creo que eso de la luna de miel es una excelente idea. Y no te preocupes por el Departamento: nosotros haremos todo el trabajo del modo adecuado. Ya sabes que puedes confiar en nosotros.

—Es cierto —asintió, sonriendo, Mc Coy—. Sé que sois inteligentes. Lo haréis todo muy bien, Georgia... ¿Tuvisteis dificultades para encontrar esta casa?

La conversación se generalizó. Merle intervino en ella y muy pronto comenzó a hacer buenas migas con todos, en especial con la doctora Rivers. La cena era agradable en verdad, y por supuesto no faltó buen vino, café, y hasta tres botellas de champaña. Mc Coy había pensado en todo. Por si alguien le veía comprando cosas y... Miró hacia la chimenea, donde ardía un alegre fuego. Luego, miró la pared. No había el más leve indicio de que allí hubiese una puerta secreta. ¿Qué había ocurrido? ¿Qué era lo que iba mal?

En determinado momento se encontró conservando animadamente, riendo. Todos estaban estupendamente, y nadie le preguntaba por qué los había citado allí. Seguramente, esperarían al día siguiente para conversar sobre el asunto. Buenos chicos. Todos eran buenos chicos, sí señor. Merle estaba sentada junto a él, tomada de una mano, y reía. Le brillaban mucho los ojos, estaba un poco sofocada por la buena cena, el vino, el calor de la chimenea que ya se había extendido por todo el salón...

—Bueno —dijo de pronto Upton—, creo que ya deberíamos retirarnos todos a descansar, ¿no os parece?

Hubo algunas protestas, algunas risas, la velada se prolongó unos pocos minutos más. Luego, comenzaron las despedidas, y todos continuaron riendo mientras subían la amplia escalera que conducía al piso destinado a dormitorios. En el pasillo hubo nuevas despedidas, más bromas. Cada uno

ocupó una habitación, tras hacer un comentario sobre lo granuja que sería Mc Coy si entraba en la de Merle. Se estaba bien allí, todos eran buenos Amigos.. Merle estaba preciosa... Preciosa, preciosa, preciosa. De buena gana, Mc Coy se habría metido en la misma habitación que ella, pero le pareció un poco violento. Nadie iba a escandalizarse demasiado, pero le pareció violento. Estaba como flotando. Quizá había bebido demasiado.

Entró en su habitación, cerró la puerta, y, sin encender la luz, quedó apoyado de espaldas en la madera. Sentía como un leve zumbido en los oídos. Sí, debía haber bebido demasiado. En la oscuridad, fue directo hacia la cama, y se sentó en el borde. Era una cama vieja, que crujió con su peso. Se quedó inmóvil en la oscuridad. Le parecía ver puntitos de luz ante sus ojos. Eran unos puntitos luminosos, que describían trayectorias caprichosas...

¿Y el gallo blanco? ¿Dónde estaba el gallo blanco? Hacía rato que no lo veía. Debía haberse escondido. Y también los murciélagos de alas de terciopelo... ¡El lobo! ¿Estaría todavía el lobo en el desván, encerrado?

Aguzó el oído, pero no oyó nada. Es decir..., sí, sí estaba oyendo algo. Pero no era el lobo, ni las campanadas, ni el gallo, ni el ¡flap, flap, flap, flap, flap, flap! de las alas de terciopelo. Eran unos gemidos. Pero no de dolor, o de miedo, o angustia, o pena. Eran unos gemidos dulces. ¡Oh, sí, eran muy, muy dulces!

Se puso en pie, y se acercó a la pared. La tocó con las puntas de los dedos. Encontró un cuadro. Lo descolgó, y en seguida apareció un pequeño orificio dorado. No. Era un rayo de luz. Acercó e! rostro. El delgadísimo haz de luz le dio de lleno en un ojo, que pareció súbitamente de crista!... ¡Cómo el de una serpiente! El haz de luz desapareció cuando su ojo quedó frente mismo al agujero del tabique. Vio la otra habitación. Enseguida, vio la cama, y en ella, completamente desnudos, a Roy Sherwood y Amanda Rivers.

Estaban haciendo el amor, se encontraban en plena posesión mutua, o, quizás estaría mejor decir en plena entrega mutua. Vio los muslos de Amanda acogiendo el cuerpo atlético de Roy Sherwood, que se movía acompasadamente. La doctora tenía unos muslos bonitos, acogedores, sí. ¿Quién lo habría dicho? Amanda se abrazaba a Roy, y tenía la cabeza junto a la de él, vuelta precisamente hacia el tabique en el que estaba el agujero; tenía los ojos cerrados, y sus bonitos labios se estremecían en gemidos de placer. Ahí estaban; ahí estaban los gemidos que había oído...

Se estaba olvidando incluso de respirar. ¡Qué bien lo estaban pasando Amanda y Roy! Ella seguía con los ojos cerrados, sus labios se movían dulcemente... Vio la súbita crispación en ellos, aquel gesto brusco, dulce y ansioso a la vez. Los brazos de Amanda se apretaron con más fuerza en la espalda de Roy, y el blanco y terso cuerpo femenino se tensó, el suspiro fue uno solo, largo, tremolante... El cuello de Amanda estaba tenso. Su gemido de placer apoteósico pareció taladrar las paredes, llegar con estruendo a los oídos de Mc Coy...

Y en aquel momento, la puerta de su habitación se abrió.

Se volvió vivamente, y corrió a recibir a Merle. Ella cerró la puerta. Un instante más tarde, estaba entre los brazos de Mc Coy, que buscó ávidamente su boca. Sus manos se deslizaron por la desnuda espalda de la muchacha, y luego buscaron los turgentes pechos... Ahora Mc Coy no oía nada... No sentía nada.

Merle apartó suavemente su boca, y susurró:

—Charlie, vamos a la cama...

El la alzó en brazos, y caminó hacia la cama. Ya no se veía el delgado haz de luz, la oscuridad era total.

Pero no necesitaba la luz para nada. Olía la fragancia del cuerpo de Merle, notaba en sus manos la tersura de su carne que parecía seda... Con las rodillas, tocó la cama. Depositó en ésta a Merle, y subió él. Tocó el cuerpo tibio de la muchacha. Notó sus brazos alrededor del cuello.

—Charlie, no me hagas esperar esta vez... Luego, haremos todo lo que tú quieras... ¿Sí, Charlie?

Mc Coy asintió, como si ella pudiese verle en la oscuridad, y fue hacia ella. Notó en sus muslos la seda de los de ella, y en seguida llegó.

—Oh, Charlie, Charlie.

Mc Coy se sintió feliz. Muy pronto oiría los gemidos de placer de Merle, como antes había oído los de Amanda Rivers. Quizá la doctora y Sherwood los oyeran ahora a ellos, pero le daba lo mismo. Se introdujo completamente en Merle, que lo abrazó con más fuerza... ¡Ah, era delicioso, era maravilloso!

—Merle —jadeó Mc Coy—, ¡te amo!

—Demuéstramelo —susurró ella.

Mc Coy comenzó a demostrárselo. Debía hacer frío en aquella habitación, pero pronto se encontró como envuelto en una película de calor adherida a su cuerpo. Merle no se movía. Simplemente, aceptaba el esfuerzo de él.

—¿Qué te pasa, Charlie? —Preguntó de pronto—, ¿No puedes?

—Si... Sí, ya... ya verás cómo... cómo en seguida consigo darte... darte...

Merle comenzó a reír.

Por un momento, Mc Coy creyó que había oído mal, que ella había suspirado, o dicho algo extraño... Pero no. Estaba riendo, quedamente, aunque alzando a cada segundo más y más el tono.

—¿Qué te pasa? —Se detuvo Mc Coy—. ¿De qué te ríes?

—Ja, ja, ja, ja, ja... ¡Ja, ja, ja, ja, ja...! ¡JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA, JA...!

—¡Merle! ¿De qué te ríes?

—¡JA, JA, JA, JA!

—¡No te rías! ¡Merle no te rías de mí, no te rías, o te voy a...!

—¡JA, JA, JA, JA!

Las carcajadas de Merle eran estruendosas, y parecían multiplicarse retumbando en las paredes. Era como si hubiesen varias Merle riendo a la vez, una en la cama, y las demás alrededor... Los tímpanos de Mc Coy temblaban, parecían a punto de quebrarse... Lanzó una maldición, y,

moviendo sólo el torso, alargó un brazo hacía un lado de la cama, donde sabía que estaba el interruptor interior. Lo apretó, se encendió la luz, y su mirada descendió, furiosa, hacia el rostro de Merle.

—¡Deja de re...!

Mc Coy no dijo nada más. De pronto en una fracción de segundo, sus cabellos se tornaron blancos como la nieve, y su rostro entero pareció sufrir una sacudida tremenda, como un seísmo que cuarteó su piel, dejándola surcada de profundas arrugas, como si fuese una costra rota por mil sitios. Y los ojos de Mc Coy parecieron apagarse súbitamente al contemplar el rostro de Merle...

Que no era el rostro de Merle. Y si lo era. ¡Cómo había cambiado!

El rostro que vio Mc Coy correspondía a una mujer que debía tener más de cien años, surcado de arrugas y lleno de verrugas negrísimas; sólo tenía unos cuantos cabellos grises, por entre los que se veía el cuero cabelludo como quemado. De su boca, y de las fosas nasales, salían pequeños gusanitos, que se iban extendiendo por todo el rostro, remontando graciosamente las enormes verrugas... La risa seguía brotando de la boca de Merle, y cuanto más reía, mejor veía Mc Coy sus tres dientes podridos y los gusanos que salían cada vez en mayor abundancia. Como en un sueño, lentísimos sus movimientos, Mc Coy apartó su cuerpo del de Merle, y vio el de ésta. Era todo como un gran campo podrido lleno de gusanos, algunos grandes como bananas, que corrían con insólita velocidad de un lado a otro. Toda la carne de Merle estaba podrida. Mc Coy tuvo otro movimiento de retroceso pero las agusanadas piernas de Merle rodearon su cintura, con una fuerza increíble, espantosa.

—¡No te vayas! —exigió ella—. ¡Hazme gozar! ¡JA, JA, JA!

Mc Coy intentó desasirse, pero comprendió que jamás lo lograría. En los ojos de Merle, que parecían ahora espejos negros, se vio a sí mismo, por duplicado. Vio el rostro de un hombre que parecía tener quinientos años, y cuyos cabellos eran blancos como nieve, y cuyos ojos parecían apagados, como muertos...

—¡Dame goce! —Reía Merle—. ¡Dame goce, amor mío, amor... JA, JA, JA, JA... mío, dame goce...!

Mc Coy dejó de forcejear para intentar salir de entre los muslos de Merle; se dejó caer a peso sobre el cuerpo agusanado, corrompido, y sus manos rodearon la flaca garganta, aplastando los gusanos que pululaban por allí. Sus dedos apretaron, y a su rostro llegaron salpicaduras de gusanos aplastados... Pero siguió apretando, apretando, apretando, apretando, apretando ., y riendo agudamente de cuando en cuando, a medida que la risa de Merle iba descendiendo de tono y de frecuencia. .

—Je, je... ¿Por qué no ríes ahora, bruja? ¡Ríe, ríe, ríe, ríe... mientras te estrangulo! ¡Je, je, JE, JE, JE, JE...! ¡Ríe! ¡Vamos, ríe!

Merle estaba ya en pleno silencio, y sus ojos como espejos negros habían saltado del rostro, y colgaban uno por cada lado hacia las orejas. En cada

hueco aparecieron más gusanos. Los muslos de Merle se aflojaron de pronto, pero Mc Coy todavía no se movió, fijos sus apagados ojos en aquellos otros que colgaban de un hilo reluciente, húmedo...

De pronto, reaccionando, saltó de entre las ya caídas piernas de Merle, y quedó de pie junto a la cama. Se quedó mirando el putrefacto cadáver lleno de gusanos y verrugas, y, súbitamente, algo subió a su boca desde su estómago. Tuvo una arcada tan violenta que cayó de rodillas. Apoyó las manos en el suelo para no caer de cara, y justo en ese momento, pensó:

—La cena... Voy a vomitar la cena...

Aquello que pugnaba por salir de su estómago salió por fin, con otra arcada que pareció a punto de desmembrar su cuerpo, tal fue la violencia con que se produjo.

Lo vio perfectamente.

No era la cena.

Lo que vio perfectamente salir de su boca y caer al suelo ante él y entre sus dos manos era un sapo enorme y negro, que cayó con blando chasquido, y en seguida volvió sus protuberantes y como soñolientos ojos hacia él. De pronto, el sapo escupió, y Mc Coy notó el impacto en pleno rostro.

Se irguió sobre sus rodillas, y se llevó las manos al pecho, con un gesto lento y crispado...

—¿Te encuentras mal, Charlie?

Volvió los ojos, que le parecieron pelotas dentro de unas fundas de acero. Tuvo que hacerlo lentamente, y vio a Georgia Merrill de pie cerca de él, mirándole con ironía, divertida. Junto a ella estaba Upton, de cuya cabeza brotaba humo verde... La mirada de Mc Coy se desplazó hacia el sexo de Georgia, que estaba desnuda, y vio los dos escarabajos asomados entre el vello, mirándole...

Truslow apareció junto a los dos, llevando la cabeza bajo un brazo. Los ojos de la cabeza lo miraron, y la boca se movió, emitiendo voz:

—¿Qué te pasa, Mc Coy? ¡Te encuentro muy raro!

—Sí —dijo Barthe, apareciendo, abierto el pecho de modo que se veía su corazón, latiendo fuertemente—. Está raro. ¡Tiene todos los cabellos blancos!

Charles Mc Coy todavía alcanzó a vislumbrar a Beard, pero en aquel momento la cabeza parecía estallarle, y una argolla de acero apretaba sobre su corazón, mientras de lejos, de muy lejos, le parecía que llegaban golpes sobre recia madera...

# CAPITULO IX

La protección de madera saltó finalmente en pedazos, debido a los fortísimos golpes que propinaban dos hombres armados de grandes hachas. Billy Lamb, el alguacil de Aquasco, señaló las maderas, y dijo:

—Ayudadles, muchachos. ¡Vamos, hay que abrir esa puerta!

Unos cuantos golpes más terminaron de romper las maderas de protección. Luego, entre cuatro hombres retiraron las astillas. El alguacil se volvió a mirar a las siete personas que esperaban tras él, en el borde del porche.

—¿Tienen la llave?

—No —negó con voz tensa Upton—. No pensamos en eso, la verdad. Cuando desistimos de matar al gallo para comérnoslo, y hacer en cambio otro examen de la casa para intentar salir, nos olvidamos de la llave.

—Ya le dijimos que salimos por el tejado —intervino Truslow—. Encontramos allí una palanqueta escondida, quiero decir en el desván, arrancamos la puerta, y utilizando sábanas nos descolgamos todos por allí, nos metimos en los coches, y fuimos a buscarle a usted. Estábamos hartos de bromas.

—Esperemos que no sea precisamente una broma todo eso que me han contado —masculló Lamb—. No me gustaría meterme en ningún lío por derribar esta puerta. ¡Y en cuanto a ustedes...!

—Le hemos explicado la verdad en todo momento —gruñó Upton—. Ya sé que todo parece una chifladura, pero así son las cosas. Y si quiere asegurarse, eche un vistazo a las ventanas, y verá que todas están cerradas.

—Ya lo ha visto —asintió Billy Lamb—. Bueno, de todos modos, no tardarán en venir agentes de su Departamento, y todo quedará en sus manos. No sé si vale la pena que yo me meta en lo que...

—Ya ha derribado' la protección, ¿no? —Dijo ásperamente Sherwood—. ¿Qué más da que ahora derribe la puerta? No está usted tratando con chiflados, Lamb.

—Eso espero —el alguacil movió la cabeza—. Aunque la verdad, todo eso que me han contado... Bueno, vamos allá. Apartaos: será mejor que la abra de unos cuantos balazos. Será más fácil, y la puerta se estropeará menos que si la echáis abajo con las hachas...

Se apartaron todos, Lamb retrocedió un par de pasos, apuntó a la cerradura, y comenzó a disparar. Luego, se acercó, aplicó un golpe con la planta del pie, y la puerta se abrió dejando ver colgante la cerradura.

En seguida vieron luz.

—Muy bien, muchachos, vamos a echar un vistazo por toda la casa. ¡Invitaré a un trago al que encuentre el reloj invisible!

Hubo algunas risas, y unos cuantos hombres se precipitaron a! interior de la casa, frente a la cual se veían ahora más coches, uno de ellos con la luz azul giratoria en el techo. Por el momento, los vecinos de Aquasco, al mando del

alguacil Lamb, se tomaban la cosa a broma, y hasta tenían la seguridad de que encontrarían el reloj...

Lamb y los miembros del Departamento fueron directos al salón, y Beard señaló la chimenea, en la que se veían algunos leños que habían sido apagados con arena.

—Puede comprobar... ¡La pared!

—¿Qué pasa con la pared? —gruñó Lamb, molesto—. Veo... ¡Por todos los demonios!

Casi corrieron hacia allí. Lamb fue el primero en llegar, empujó la pared, y la ranura se agrandó, dejando visible el hueco y el tramo de escalones descendentes. Lamb sacó de nuevo su arma, y se volvió a mirar ceñudamente a los demás.

—Señores, si esto es...

—¡Pero hombre, váyase a...! —Sherwood enrojeció, y se mordió los labios, mascullando seguidamente—: Lo siento. Pero ya me está usted fastidiando con tanta desconfianza.

—Ahora comprendo lo que pasó —dijo Truslow—; todo aquello de! viento, de !a sangre, del gallo, las desapariciones de Mc Coy y la bruja.

—La bruja no desapareció por aquí —dijo Barthe.

Billy Lamb, que iba mirando de uno a otro con cierta irritación, guardó de pronto su arma.

—¿Saben qué vamos a hacer? —dijo—. ¡Esperaremos a que lleguen esos amigos de ustedes! Si son del Gobierno, ellos atenderán todo este lío mejor que yo. ¿De acuerdo?

—¡Hey, Billy! —Llegó una voz—. ¡Sube a ver esto!

Salieron todos corriendo al vestíbulo. En lo alto de la escalinata, un par de hombres, blancos como nata, muy abiertos los ojos, hacían señas.

—¿Qué pasa, Grey?

—Sube... Suban todos... Pero yo aconsejo a las mujeres que no miren.

Se lanzaron todos escaleras arriba, y luego entraron en una habitación ante cuya puerta había otro vecino de Aquasco, tan pálido como sus amigos. El hombre se apartó, y Lamb, seguido de los demás, entró en el dormitorio. Se detuvo en seguida, quedando sus pies junto al cuerpo humano caído en el suelo, casi en el centro del dormitorio. Yacía de lado, y sus ojos estaban desorbitados. Su cabello era completamente blanco, y su rostro parecía barro cocido y resquebrajado.

—¡Oh, Dios mío! —gimió Georgia Merrill.

Amanda se llevó las manos al rostro, giró, y buscó protección en el pecho de Sherwood, que, como los demás y el propio Lamb, estaba pálido observando aquel rostro que podía tener doscientos años y distorsionado por el asco y el espanto.

Pero no era esto sólo ¡o que causaba tanta impresión en los presentes, sino también la presencia de la muchacha desnuda en la cama, junto a la cual se veían sus ropas; es decir, una larga túnica blanca... Tenía los ojos casi

completamente fuera de las órbitas, y su lengua sobresalía hinchada y amoratada, poco menos que negra. Su rostro era una pura expresión de dolor, angustia, espanto.

Lamb desvió la mirada, y se volvió hacia los demás.

—¿Quiénes son? —preguntó—. ¿Los conocen?

Clifford Upton señaló el cadáver caído en el suelo.

—Creo... creo que él es Mc Coy, pe-pero no... no lo juraría, poique... porque... Pero tiene que ser él. Sí... Sí, lo es... Pero, ¡Dios mío, si parece que tenga más de cien años, y era... era joven...!

Lamb se pasó una mano por la frente.

—¿Y la mujer?

—Estoy seguro de que es la bruja Rachel —dijo Truslow, acercándose—... Sí, es ella. Está... está... está...

—La han estrangulado —dijo secamente Lamb—. Y no creo que tengamos que ir muy lejos para saber quién ha sido. A menos que haya más gente en esta casa...

No.

No había más gente en la casa. De esto se tuvo la certeza absoluta casi tres horas más tarde, cuando los agentes del Gobierno que acudieron a la llamada realizada por el alguacil de Aquasco llegaron y se hicieron cargo de todo. Fueron encontrados los diminutos micrófonos y los casi tan diminutos altavoces de alta precisión y fidelidad. Y los pequeños magnetófonos con las cintas grabadas, el control total de las luces de la casa. Todo. Incluso un examen alrededor de la casa dio lugar al hallazgo del coche de Mc Coy, que fue identificado por los compañeros de éste.

Eran casi las siete de la mañana cuando, al frente del inspector David Crane, de Asuntos Especiales, se podía decir que los hechos habían quedado aclarados. Todavía, con el tiempo, se llegarían a más completas conclusiones, pero, a juicio de Crane, la cosa estaba muy bien orientada. Todo era fácil de comprender..., menos una cosa: ¿Qué le había pasado finalmente a Charles Mc Coy y por qué había estrangulado a la bella muchacha rubia, al parecer poco después de realizar el acto sexual con ella?

A esto, nadie tenía respuesta.

—Pues esto no quedará así —aseguró David Crane—. Haré un examen más completo de todo el lugar, de la casa, exigiré unas autopsias exhaustivas... ¡Sabré lo que ha ocurrido!

—Nos parece muy bien, señor Crane —asintió Upton—. Pero le agradeceríamos que, mientras tanto, a nosotros nos permitiese retirarnos de este lugar. Estamos agotados.

—Ah, sí —Crane sonrió simpáticamente—. Lo siento perdonen.. Por supuesto que pueden marcharse. Lamento haberles molestado tanto. ¿Les parece bien que el lunes hagamos una pequeña reunión para hacer entre todos un informe completo?

—Por supuesto.

—Gracias. Y... ¡hasta el lunes!

Poco después, los miembros del Departamento se alejaban en sus coches. Roy Sherwood y Amanda Rivers ocuparon el de ésta, y, antes de ponerlo en marcha, Sherwood murmuró:

—Ha sido todo horrible... Pero al menos, ha servido para que nosotros dejásemos de hacer el tonto, Amanda.

Ella asintió, y le sonrió dulcemente. Luego, miraron los dos hacia la casa, en la que se veía movimiento.

Sherwood movió la cabeza.

—Ese Crane es un tío listo... ¡Ya verás cómo el lunes nos da una explicación satisfactoria de todo lo ocurrido!

Roy Sherwood se equivocó. El lunes, David Crane pudo explicarlo todo, ciertamente, pero no la parte referente al súbito envejecimiento de Charles Mc Coy, que había muerto de un colapso, ni el porqué Mc Coy había estrangulado a la muchacha rubia llamada Merle Frost.

Pero David Crane era un hombre terco, voluntarioso, con mucho amor propio, y todavía, ocho días después de los hechos, estuvo rondando cerca de la casa, mirándola desde todos los ángulos, acercándose y alejándose... Algo extraño, realmente extraño había ocurrido allí. El truco de Charles Mc Coy había sido comprendido, analizado.. Había utilizado a Merle Frost para su «broma», diciendo que era la bruja Rachel,.. Bueno, al demonio eso, ya estaba comprendido y solucionado.

La pregunta era: ¿Qué había ocurrido finalmente entre la rubia Merle Frost y Mc Coy?

Cuando, ya de noche, David Lamb se alejaba de la casa en su automóvil, todavía se hacía la pregunta. Estaba tan irritado que detuvo el coche, y se volvió a mirar una vez más la casa que comenzaba a quedar envuelta en las sombras...

—Maldita sea mi estampa —farfulló—. ¿Qué pasó ahí dentro?

## ESTE ES EL FINAL

Desde el tejado de la casa, unos cuantos pares de ojos observaban el coche detenido en el camino. De pronto, se oyó una risita, y acto seguido, una voz:

—Parece que no se da por vencido.

—Es un muchacho muy apuesto —dijo otra voz—. ¡Lástima que no sea de los nuestros!

—Podríamos hacerle entrar en la casa, y darle un buen susto, como al tal Mc Coy —dijo otra voz.

—No, no —dijo otra voz—. No hace falta que compliquemos más las cosas. De este modo, seguramente se olvidarán pronto de la casa, y Agatha podrá seguir viviendo aquí.

—Gracias, Deborah —sonó otra voz—. Me gusta este lugar. No me agradó que ese Mc Coy comenzase a traer cosas aquí, pero lo fui dejando en paz, pensando que finalmente desistiría. Pero no desistió. Y cuando vine a darme cuenta había tantas personas aquí abajo que me pareció que debía pedir vuestra ayuda. ¡Oh, fue magnífico el modo en que provocaste las alucinaciones de Mc Coy y la muchacha a partir del momento en que salieron del sótano!

—Yo no podría conseguir tanto —dijo una voz que ya había sonado anteriormente—. Los dos estuvieron convencidos de que veían a sus compañeros, al lobo, los murciélagos... Deborah: ¿cómo es posible que todavía conserves tantos poderes?

—Bueno, tío debería sorprenderos tanto: si soy la directora de nuestra ya reducida Hermandad de Brujas será por algo, ¿no? Provocar alucinaciones no es tan difícil, después de todo. Bien, creo que será mejor que cada una vuelva a su morada... ¿Necesitas algo más de nosotras, Agatha?

—No, gracias. Seguiré aquí hasta que alguien venga a ocupar definitivamente la casa, o la derriben.

—No dejes de progresar —dijo la voz de Deborah—. Y lo mismo os digo a las demás. Ya quedamos pocas, y debemos mantenernos unidas y no dejarnos vencer por ellos. Esperemos que no haya muchos como ese Mc Coy, que se tome a broma nuestra existencia. Bien, vámonos... ¡Adiós, Agatha!

—Adiós... Adiós a todas. Y gracias de nuevo.

Hubo un rumor de alas que podían ser de terciopelo, algo así como ¡flap-flap-flap-flap-flap!, y Agatha quedó sola en el tejado. Se sentía feliz. ¡Otra vez tenía para ella sola toda la enorme casa!

**FIN**